SANTIAGO RUSIÑOL

DESDE EL MOLINO

EDITORIAL IBERO-AMERICANA
MADRID: Desengaño, 9, 11 y 13
BARCELONA: Valencia, 209

II
1-50

ORO VIEJO Y ORO NUEVO

VI

Antonio Viladot, Impresor.—Universidad, 56, Interior.—O 2654

SANTIAGO RUSIÑOL

DESDE EL MOLINO

EDITORIAL IBERO-AMERICANA

MADRID
Desengaño, 9, 11 y 13
LIBRERIA

BARCELONA
Calle Valencia, 209
BAJOS

Desde el molino

I

ARTISTAS CATALANES EN PARÍS

Si existiera y anduviera por la tierra, y, andando, llegara hasta París, el gran loco de Cervantes, lo primero que vería sería un molino que en lo alto de Montmartre yergue sus astas sobre la nota gris, y de seguro que hacia él dirigiría sus pasos en busca de extrañas aventuras.

No podría darse cuenta del papel que representa aquella máquina con alas descarnadas, extendiendo su esqueleto entre las chimeneas, ni podría explicarse cómo en el mismo corazón de ciudad tan moderna se levanta soberbio tan inútil armatoste.

A los artistas, á esos seres que al son de su imaginación mueven sus pasos; á

esos hombres que, como dice Macaulay, se hallan colocados entre la razón y la locura, también les atrae de un modo poderoso ese molino solitario sobre una gran ciudad encumbrado; también les habla de extraña manera esta máquina fantástica, y cuando se alejan de sus alas se encuentran sin poder volar y sienten la nostalgia de un algo que no se explican.

Este algo extraordinario que se siente y no se explica, al subir por los callejones estrechos de Montmartre, también lo sentimos nosotros, y, al llegar á la cumbre del cerro, hicimos como aquellas hormigas que suben á lo alto de las ermitas, esto es, nos detuvimos.

En la misma casa del molino encontramos un piso por alquilar, ¡que todo se alquila en este mundo!, y sin intervención de notario ni otras formalidades lo alquilamos, tomando posesión sin pérdida de tiempo é instalándonos en él.

La casa no es muy grande, pero cabemos en ella, y aun caben los muebles que nos acompañan. Caben las camas y caben tres sillas que compramos allá en la feria del *boulevard*, y que si la casualidad no quiso que fueran de la misma forma, todas han de servir y servirán para el uso de sentarnos, que es de lo que se trata;

cabe una mesa que no es de pintado pino, pero sobre la cual lanza, como en la del poeta, melancólica luz un quinqué de petróleo; cabe un reloj de caja con *dormidor* que llama al sueño con su compás monótono, y despertador que grita á campanillazo limpio hasta que le detienen su voz provocadora; y cabe, por fin, un armonium de alquiler, que, más que cantar, se queja, con su voz de acordeón, de sentirse maltratado en este mundo por manos que no comprenden sus ocho registros, que no responden á nada ni á nadie, bautizados con *voz celeste* uno de ellos, cuyo nombre es una inmensa blasfemia; *expresivo* otro, de cuya expresión siempre hemos dudado, y *trémolo* el último por el temblor que causa su voz á los pocos vecinos que anidan en estas olímpicas alturas.

Son éstas pacíficas, ¡la buena gente!, y de buen natural.

A un lado no las hay, porque no hay casas ni viviendas. Sólo habita en un barracón una ternera enferma, con un médico y un ordenanza, á los cuales les vienen á buscar todas las mañanas, con un coche á propósito, para ir á vacunar á domicilio. Salen, cierran la puerta y no vuelven hasta la noche, siempre la ternera enferma y siempre el médico y el ordenanza vigilándola.

Pero si por un lado no hay bullicio, no deja de haberlo por el otro. En un gran local, fundado en el año de gracia de mil doscientos noventa, se baila todos los domingos y días intermedios.

Desde las danzas guerreras del siglo trece hasta el minuet barroco, bajo este techo la humanidad ha bailado todo lo que hay que bailar, y seis cientos años de bailoteo son años suficientes para estar cansados los parroquianos que se han ido sucediendo en inacabables generaciones.

Este cansancio no ha llegado todavía, sin embargo; lo que si por una parte perjudicó nuestro modesto armonium, porque los desacordes de aquella orquesta lo ahogan, por otro lado, la luz eléctrica, que hay á la entrada del baile, nos ahorra de encender aquel quinqué de que hablamos antes, pues los potentes rayos de luz inundan nuestros *salones* de una tan blanca claridad que sólo es comparable á diez lunas puestas de acuerdo para alejar las tinieblas con que la noche nos abruma y perjudica.

Además de esta casa y este variado vecindario, tenemos á nuestra disposición un jardín que, más que grande, es poderoso.

Y digo poderoso, y no me arredro al

decirlo, porque tiene el poder de servir de cementerio á toda planta que se atreva á brotar en su mortífero suelo.

Las acacias, esos árboles ya de sí enfermizos, tienen aquí la palidez de la muerte pintada en las pocas hojas que sostienen por milagro, y sus ramas se inclinan hacia el lado del sol, que en vano aguardan días y más días; la yedra cae desmayada y alarga los dedos, no pudiéndose sostener ya por más tiempo en el muro; las enredaderas, que intentan subirse á las altas ventanas, se enredan por el suelo y no tienen fuerza para elevar el tallo ni savia para alimentarse; la humedad despinta las pocas flores que tienen vida, y crecen blancas y anémicas como flores de papel desteñidas; la parra se muere entre la duda de dar fruto ó dar follaje; y holladas en invierno por el frío las plantas todas, y por la planta humana en verano, no pueden con su cuerpo y viven tísicas y mueren desangradas en este jardín regado con cerveza.

Porque este patio, ó parque, ó lo que sea, ahora abandonado, es punto de recreo y solaz, apenas asoma la primavera.

Todo está dispuesto para entonces; todo yace bajo funda para esperar el buen tiempo. Los caballos de madera están

quietos y abrigados, formando su semicírculo, aguardando aquellas vueltas y aquel mareo; el organillo central duerme callado, y sólo de vez en cuando le hacen cantar su repertorio, á fin de que el hollín no entre en sus pulmones y la voz no se aleje de sus flautas; el tiro de pistola está sin armamento; la báscula, desmontada; el teatro de fantoches, con la decoración de fondo, y los títeres durmiendo en un cajón, para despertar más tarde y emprenderla de nuevo á garrotazos contra el demonio y la muerte; la gran pajarera, desierta, con sólo un triste mochuelo, haciendo de guardián de invierno, medio abandonado en aquella casa grande y abandonado del todo á sus eternas filosofías; los trapecios atados con cadenas y los globos de gas apagados y esparcidos con su blanquísimo mate destacándose sobre el fondo gris del muro, sobre el verde pálido de las cercas y sobre la augusta silueta del molino que, como alerta centinela, domina la gran ciudad y es la batuta que dirige aquella colosal orquesta.

Cuando se extiende la niebla desde el Sena hasta la cumbre de Montmartre, el molino señala quietud, plega sus alas y se le ve vagamente mustio y cabizbajo; cuando la tempestad estalla, agita fre-

néticos sus brazos y da el grito de alarma con sus airados movimientos; cuando el sol vence á las nieblas, la primavera se presenta radiante y llama al hombre al trabajo con su vaivén de diana y se plega al descanso, al caer de la tarde.

El molino no sólo es el centinela del barrio, sino el centinela del mundo.

Por él pasa el meridiano. Por su cúspide atraviesa ese meridiano de París, que consultan á todas horas del día los geógrafos de la tierra, y á todas horas de la noche los astrónomos que estudian otros mundos y que miden y recuerdan en el mar los errantes marineros como un faro desconocido, como un mito grandioso, sin poderse figurar que esa imagen matemática, que es como una oración para ellos, tiene su santuario en un pobre molino, negro, apolillado y de melancólica silueta, que se sostiene por milagro allá en las cimas de Montmartre.

Los artistas le llaman familiarmente el *Moulin de Galette*, que significa dinero; y como el dinero no abunda en el barrio, el molino es la casa de préstamos imaginaria, la caja de socorro del artista.

Al que quiere convertir el arte en mercancía (según una leyenda), que no busque su protección: el molino le enreda en

sus largas astas, le ata de pies y manos como una telaraña, y, empezando á dar vueltas vertiginosas, le marea hasta lanzarle en el campo del olvido; pero á los devotos del arte, á los que acuden á su templo á pedir inspiración, que es la fortuna que presta, con estos (repite la leyenda), con estos es generoso y compasivo.

Pero el vago atractivo del molino es su historia envuelta en aureola; son sus seis siglos que se mueven, que viven y palpitan en sus astas descuartizadas; seis siglos de gloriosa tradición artística; seis siglos en el curso de los cuales los pintores han vivido bajo sus alas de carcomida madera y no inútilmente pasó por aquí el aire del arte, porque dejó imperecedero encanto para el que siente y ama su misterioso perfume.

Este encanto y este vago ensueño de gloria es el que puebla los numerosos talleres del cerro de Montmartre; por este no sé qué inexplicable se libra esta batalla lenta y tenaz de la lucha por el arte; y las alas de este molino son las que ayudan á volar el espíritu de esa legión de seres que aquí tienen su campamento.

Por todas las calles del barrio asoman grandes ventanales, y allí centenares, miles de obreros del arte trabajan sin des-

canso aprovechando hasta el último rayo de claridad de la tarde; y luego á la luz del quinqué continúan luchando, luchando sin descanso en la brega nerviosa de detener la silueta que se escapa, la luz que se va y el color que se transforma, vibra y cambia á cada instante.

Algunos, los menos, llegan á alcanzarla ¡esta gloria tan deseada!, y no son felices tampoco, y entonces se despiden del molino, y su fama y su renombre vuela por el mundo; otros no pasan nunca de pobres *molineros*, y viven modestamente de su arte; y los más pasan la vida llenos de privaciones y desengaños: la fortuna huye de su lado, el molino no vuela para ellos y mueren ignorados del mundo, y encuentran en la fosa común del cementerio, que se extiende más abajo, el sosiego que no lograron en vida.

Allí se eleva una cruz dedicada á los muertos desconocidos. ¡Cuántos artistas se cuentan entre ellos! ¡Qué monumento más justo sería el que se levantara á la memoria de los que murieron sin gloria, habiendo luchado por ella! ¡Cuántas sombras se encontrarían amigas bajo sus losas, que en el mundo de los vivos nunca se conocieron, viviendo de la misma fe!

Esta quimera nos asaltó la primera no-

che que dormimos á la sombra del molino.

Quizá debido á esto no pudimos pegar los ojos, ó quizá tuvo la culpa... ¡váyase á saber!... la influencia del meridiano que pasa y pesa sobre nosotros.

II

UNA TABERNA EN MONTMARTRE

Saliendo del Molino se sube una cuesta para llegar á la plaza de Montmartre.

Allí está situada la casa de comidas más próxima á nuestra morada, y cuando llueve ó hay niebla y hace frío y no queremos ir lejos, nos dirigimos allí para comer.

Esta plaza de Montmartre es desierta como un campo segado; pequeña como un patio grande; desigual en su estructura y rodeada de casas bajas con tejados de pizarra, que se inclinan formando un gran pendiente, para descargar la nieve que cae sobre sus espaldas húmedas. Cinco árboles viven allí descuidados, con el tronco teñido de ceniciento color; el terreno está cruzado por los baches que la lluvia forma caprichosamnte; y algunos asientos de piedra, colocados allí puramente como adorno, desde el primer imperio, ó todo lo más el segundo, sirven para instalar las legumbres que exponen tres ó cuatro ven-

dedoras á los pocos humanos que llegan hasta aquellas alturas desiertas.

Nadie creería en la cercana vecindad de la inmensa capital en aquella soledad y quietud de pueblo semi-abandonado; nada hace sospechar que uno se halle en este gran centro moderno, si no fuera por ese rumor vago y extraño que se desprende de las grandes ciudades y que llega aquí como sordo temblor de lejana tempestad; nadie, si no fuera por el silbido constante de los trenes que allá á lo lejos se quejan con sus ayes lastimeros, por el humo denso y pesado de las múltiples chimeneas, que sube y se cierne sobre las casas, entristeciendo la atmósfera, y por la luz fantásticamente rojiza con que el cielo refleja la inmensidad de luces que brillan por la noche hasta el confín del horizonte.

Pero lo que imprime más austero recogimiento á esta mezquina plaza y le da más carácter de lóbrego abandono, son los numerosos coches de los muertos que desfilan por aquí para llegar á la iglesia de Montmartre.

En esta altura, donde no suben á pie más que los peregrinos que van al santuario, causa extraña sensación ver pasar los féretros con los coches enlutados y el

negro séquito de hombres y mujeres que llegan rendidos de cansancio.

En los cementerios vecinos el duelo se despide, y muchos entran en la casa de comidas donde hemos de entrar nosotros.

¡Tiene un carácter severo por demás esta casa de comidas! A la entrada, en un cuadro con marco negro, hay un anuncio con pálidas fotografías de los coches mortuorios, divididos en varias categorías, según el lujo y el adorno desplegado en los caballos, destacándose aquellas fúnebres notas sobre los colores transparentes de los licores que en fila se ven en caprichosas botellas. Unas cortinillas de acartonada transparencia separan la estantería del fondo, y allí en revuelto bodegón hay una muestra de la comida del día (que bien podría ser de cartón por ser la misma todo el año). El nombre del propietario se destaca en grandes letras, con caracteres de panteón, sobre el cristal de la puerta. Esta se abre entre dos tiendas ambulantes, en las que una mujer enlutada vende cruces y rosarios, coronas de siemprevivas y lazos con breves dedicatorias.

El interior es pequeño: cuatro mesas de mármol blanco en la antesala; el mostrador, con la mujer colocada como en un trono de rubia cristalería; el depósito de

alcohol, de metal bruñido y cincelado; algunas sillas de hierro procedentes de la intemperie, y cuatro platos que dan vuelta por las mesas para volver á la cocina. Más al fondo, más muebles, aunque pocos y mal alumbrados por una pequeñísima ventana que, teñida de verde y mezclado este color con el gris que desciende por un patio reducido, reflejan la tristeza y humedad de las paredes y dejan al local sumido en una luz indefinible.

Pero lo que da más misterio á este interior reducido es una escalera de caracol que se abre para bajar á un fondo desconocido.

Siempre estas escaleras que se hunden hacia el centro de la tierra como una misteriosa trampa, me recuerdan esos cuentos de niños en que los seres encantados vivían como en conserva en lóbregas catacumbas. Estas bocas abiertas en el suelo tienen siempre una cierta vaguedad inexplicable, que me hacen pensar en una mina sin fondo, donde el que entra allí pierde toda esperanza de volver á ver el sol y el paisaje, los campos y toda clase de nubes. A pesar de esto, bajamos y encontramos otra sala donde también se comía, si bien con menos luz, no con menor apetito; y preguntamos adónde iba á pa-

rar aquella escalera que continuaba bajando, bajando siempre como la más estupenda pesadilla salomónica. Nos contestaron que nadie lo había sabido; que sólo el dueño entraba en ella de vez en cuando, y que desde allí podía ser que por alguna ignorada mina se llegara hasta el Sena á buscar agua, porque á veces se le veía subir con botellas en la mano que tenían trazas de vino.

Sea lo que fuere, en estos sótanos, obscuros, húmedos y sólo adornados con el tubo de una estufa que, atravesando el local, penetra en un espeso muro para llevar calor Dios sabe dónde; adoquinados de trecho en trecho, dejando ciertos lunares donde puede muy bien crecer la hierba; en estos sótanos, estrechos como una tumba, se encuentran á sus anchas las pobres gentes que acuden, que son la flor y nata de los seres que viven de la vida de la muerte.

Comen allí y en la estufa se calientan los cocheros de las sociedades funerarias, con sus holgados sobretodos y sombreros de dos picos (dejando los coches parados á la puerta); los sacristanes de la vecina iglesia comen allí también, y á los postres, sobre la mesa, se reparten las propinas que han recibido en el entierro; los em-

pleados en la administración de honras fúnebres discuten allí sus negocios; y los enterradores se quejan, entre sorbo y sorbo, de los malos tiempos de salud que corremos y de que en el mundo mueran más pobres que ricos, lo cual perjudica en gran manera sus sagrados intereses. Algunos curiosos pintores son los únicos que animan aquellas profundidades: jamás brilla un rostro de mujer allí, ni asoma la cabeza de un niño. Un pobre perro va de mesa en mesa, suplicando (con los vaivenes de la cola) que se acuerden de que él también debe vivir, aunque no sea en clase de persona; el vino va subiendo por aquella escalera misteriosa, mientras que por la misma trampa van bajando los platos humeantes para enfriarse en aquellas mesas de mármol y enterrarse en el estómago de aquellos enterradores.

Lo que se come no es malo, dado lo fúnebre de las circunstancias: sardinas con manteca ó caldo para romper el fuego; cebolla en conserva ó en estado de momia; luego carne cocida con patatas en calidad de estofado; rosbif con macarrones; carne, de lo que sea, á lo Chateaubriand, con más patatas y queso por un punto final, con café el que lo desea, ya que allí no se fuerza la voluntad de los muertos ni los vivos.

A los postres entra todos los días un cantador ambulante, que forma ya parte del ajuar de aquella casa, con la buena intención de amenizar la fiesta; pero no lo logra jamás, ni lo logrará en todos los días de su mísera existencia.

Lleva larga cabellera, que le cae en sudados bucles sobre los ojos, pequeños y perdidos allá en el fondo de unos párpados húmedos y despoblados; la cabeza descansa, vamos al decir, porque pocas veces está quieta, sobre un cuello natural color de cera y picado de puntitos encarnados, y destaca de otro cuello de un gabán, que más desdora que abriga; los zapatos, que fueron diferentes el día que cada uno de ellos perteneció á su dueño diferente, vense igualados en sus pies por el barro de París, por su innata y duradera miseria; y el resto de su traje, si más traje queda en su cuerpo, es más pobre todavía, porque ocultas debajo de estas piezas habrá prendas que no han salido, ni salen, ni saldrán jamás, al aire libre, destinadas á la hora de la muerte á seguir al desdichado á su misma sepultura.

Tal es el hombre que ha de distraer á los buenos comensales de la fúnebre taberna con sus alegres canciones, tristes como árbol sin hojas, y toda la indumen-

taria del pobre cantor aquel se reduce á una colección de pelucas (fabricadas con cabello cuya procedencia podrían conocer algunos de aquellos parroquianos) que va cambiando en su cabeza á cada canción que brota de su enfermiza garganta.

Cuando es alegre la canción, corto es el cabello y abultado de la frente cual peluca de payaso; erizado y derecho, cuando canta la canción de la Roquette y la del condenado á muerte; larga y sedosa para las coplas románticas, y espesa y mal cortada para narrar las miserias de *Belleville*, los crímenes de la *Glacière* ó las tremendas emboscadas del canal de la Villette.

Por más cambios que hace y esfuerzos que realiza, nadie le escucha, ni le escuchará jamás; nadie se apercibe de su débil silueta: pasa desapercibido como un ruido, y se aleja de allí, dando las gracias, con voz debilitada, á la parroquia y al dueño y señor de la fúnebre taberna de Montmartre.

Es el dueño M. Poncier, hombre prudente y avisado que procura contentar á los parroquianos de arriba, señores que, á pesar de vestir sombrero de copa, por la circunstancia de venir del negocio de los entierros, no pertenecen siempre á las clases acomodadas; pero sobre todo se esme-

ra en tener miramientos, delicados mimos y contemplaciones con los del sótano, por ser parroquianos de todo el año económico, á quienes no arredra el local, ni la humedad, ni la profunda tristeza que sudan aquellas melancólicas paredes.

Cocinero y dueño *en jefe*, siempre tiene una palabra de consuelo para los caballeros negros de arriba y un apretón de manos para la parroquia subterránea; propietario absoluto del grande establecimiento, no se cree rebajado en servir él mismo la mesa, y con dulzura de palabra pregunta á sus clientes el parecer por cada plato, declinando siempre sus fervientes convicciones culinarias á la menor reclamación de sus negros y consecuentes abonados.

Sabe el buen hombre que aquellas gentes están acostumbradas á callar y á vivir en las grandes soledades, y cuida de debilitar su voz y hablar bajo, en tono tan bajo y con tan apagado acento que, más que palabras, dirige insinuaciones; su conversación resulta como una letanía suave, pronunciada entre dientes si los tuviera; como un místico secreto entonado con beatitud de fondista anacoreta, porque nuestro Poncier comprende que los parroquianos de la fonda de Montmartre son

hombres que, aunque entre las grandes multitudes, viven muy lejos del mundo y su ruido; hombres que no respiran el mismo aire que el resto de los mortales, formándose el vacío cerca de ellos y la soledad más grande: la soledad de los muertos; hombres que se agrupan en aquellos húmedos sótanos porque allí la luz no les molesta ni la vida les sofoca; hombres que viven sin amar y no gustan del encanto de la risa, ni del fuego de la palabra, ni de nada que pueda infundir calor á sus fríos corazones de convidados de piedra.

Una sola mujer hemos visto sentada en aquellas mesas, y, más que mujer, era una niña.

La primera vez que la vimos hablaba al oído á un viejo sepulturero.

Su débil silueta hacía tal contraste con la rudeza de aquellos hombres; sus ojos pálidos, su clara cabellera, destacaba de tal modo sobre aquel fondo negruzco, que nos pareció una débil siempreviva en un sepulcro, un lirio sobre un charco, y su presencia allí nos dejó tristes.

Otro día llegó con ellos y llevaba una canasta de flores.

Y lo comprendimos todo.

Aquellas notas blancas, amarillas y violadas, que cuasi iluminaron con su vi-

da aquel antro de comida, despoblaban otra casa más solitaria y más triste; aquellas flores tan vivas eran hijas de la muerte; ¡aquellos como fuegos de colores hermosos eran flores robadas de cementerio! ¡Aquellas pobres reliquias iban á ser vendidas en el *Moulin de Galette*, en el *Elysée Montmartre* y en otros sitios peores todavía! ¡Tenían que morir entre el bullicio, ellas que nacieron entre el supremo reposo! ¡Tenían que ir al baile, y bailar una nueva danza macabra, y tenían que brillar toda la noche, muriendo de cansancio en el seno que no lo era de la muerte!

III

EL ESTUDIO DE UN PUNTILLISTA

El invierno ha llegado. ¡Paz en la tierra y nieve en las alturas de Montmartre!

Su majestad el frío, ese caballero de barba blanca, espantajo de termómetros y acaparador de hielo, se ha presentado insolente á la faz de todos, y de una andanada ha sembrado de nieve árboles y calles, azoteas y balcones y todo lo que mira de cara á la intemperie.

La nota blanca es la nota dominante en los malos tiempos que corremos. Como cintas de blancura mate, se ven las calles destacarse sobre un blanco ceniciento: el blanco obscuro del cielo; blancas son las cornisas que dibujan las casas y se alejan en recortada perspectiva; blanco el aliento de los caballos que se difuma en vapor sobre otro blanco más blanco todavía; las ramas y los postes, blancos son; y el molino, el mismo molino, da vueltas y más vueltas para librarse de esta nota,

que como á pájaro enfermo le encoge las alas y le hace temblar de frío.

Pero él es de madera, al fin y al cabo, y de buena madera; pero nosotros, por ser de carne y hueso, temblamos mucho más, á pesar de nuestros gabanes, cuando, abrigados con ellos, salimos para hacer una visita al taller de un amigo y bajamos por las tortuosas callejuelas del cerro de Montmartre.

Los pocos viandantes que se atrevían á cruzar aquellos bancos de hielo, se destacaban en obscurísima silueta como sombras; sus pasos se imprimían de trecho en trecho sobre la nieve, dejando la forma de sus pies calcada en aquel molde nevado, y en los surcos alineados se podía adivinar los seres que por allí habían cruzado: grandes huellas descubrían el paso de un hombre, otras pequeñas la señal de un niño, y dos muy acercadas, diminutas, las unas y las otras con grandes clavos, señalaban la pista de una pareja que el frío terrible había acurrucado y unido en aquellas soledades.

Caminando con cuidado, ó más bien patinando, fuímonos deslizando por aquella larga cuesta.

Llegamos á una esquina de la calle de *Clinencourt*, donde tenía el estudio nues-

tro amigo, y resignados subimos una escalera que debía conducir muy cerca de las nieves perpetuas, por lo interminable.

Al llegar á las cimas de una azotea, y antes de entrar en el estudio, que allí se abría por una pequeña puerta, nos detuvimos á contemplar el inmenso espectáculo que desde allí se dominaba.

El gran París se extendía en el fondo claro y diáfano como sumergido en un inmenso baño de plata. Los tubos de las chimeneas despedían tenue humo que se arrastraba y confundía con la niebla, y entre este consorcio de vapores se destacaban con colores pálidos las grandes cúpulas y los altos campanarios: las espaldas de la ópera en colosal triángulo; las torres de *Nôtre Dame* con la aguja elevándose como un gótico minarete; la dorada cúpula de los Inválidos, de color de ocre apagado; la famosa Eiffel, como un pararrayos que penetraba en las nubes; el Arco de la Estrella, medio oculto entre un mundo de árboles y casas; y más al fondo, la masa de San Sulpicio y el *dôme* redondo del Panteón nadando entre colores azules, y el barrio latino perdido en aquella blancura inmaculada.

El frío no nos permitió mirar largo rato aquel vasto panorama y llamamos á la puerta del estudio.

Abriose.

Nuestro amigo salió á recibirnos en la única sala que había en aquel interior de artista.

—No llegáis mal—nos dijo.—Hoy luce fuego en la estufa (lo que no sucede siempre) porque tengo modelo, como podéis ver y convenceros, y hay que tener consideraciones con el sexo femenino. Si esto tiene una ventaja para vosotros—añadió luego,—tendrá una desventaja en contra vuestra, y es que en el mismo fuego que podrá calentaros quemé no hace mucho la última silla, y tendréis que estar á pie firme. Así es que acercaos á la lumbre, que allí quema vuestro asiento. Otras dos tenía (y no de mala madera), pero las presté á un pintor vecino un día que unos buenos burgueses tenían que visitar su estudio para hacerle compras al por mayor, y hasta el presente aquellos muebles no han vuelto á poner los pies en esta casa.

No nos sentamos, pues, y mientras él continuó trabajando examinamos la sala.

La luz entraba por todos lados. Una luz blanca, monótona y que recordaba el aire libre con la nota gris dominante. Bañábanse los objetos de una pálida y triste frialdad de anfiteatro; había una mesa llena de papeles y ceniza; dos pipas de yeso

pendían de la pared; unos papeles japoneses colgaban húmedos de una puerta llena de colores sacados de la paleta, y un libro color de rosa yacía en un rincón, abandonado.

—¿Qué libro es ese?—preguntamos.

—No lo sé. Lo compré en el muelle del Instituto por la nota de color de las cubiertas.

Miramos los estudios.

En ellos se veía el alma y la escuela de nuestro amigo. Todos estaban pintados con puntos diminutos de colores enteros: el azul lo formaban puntos de cobalto con otros de amarillo claro para lograr el intermedio del verde; el cielo eran puntos violeta alternando con toques diminutos de encarnado al lado de veronés, como color complementario; y los caminos soleados. las manchas caldeadas de mediodía, puntos de amarillo con ultramar en las sombras.

La primera impresión que producían estos estudios de tan rara teoría era ingrata, como complicada música oída por vez primera; era una sensación parecida á la que produce la luz en la retina al abrirse una ventana; pero ya acostumbrados los ojos á contemplar aquella lluvia de puntos encendidos, veían unirse los colo-

res en armonía brillante; la claridad brotaba de aquellos lienzos, que adquirían relieve vigoroso, y el aire, el aire libre circulaba por ellas con esas sutilezas y fugaces evoluciones de la atmósfera, tan difíciles de detener sobre la tela.

—No miréis esto—nos dijo.—No son más que ensayos, y nada he logrado con ellos. La lucha, la eterna lucha que sostengo y sostenemos, quizá sea temeraria. Siempre la silueta es el escollo con que tropieza el pintor al querer copiar el aura del color y la intimidad del aire. La línea no existe, no, no existe, y siempre tropezamos con ella en todas partes como un fantasma que nos persigue. La tradición de tantos artistas que con sus obras han llenado los museos, nos hacen vacilar y dudar de las convicciones que entrevemos allá en el fondo del pensamiento. ¿Qué hizo Rafael? Dibujar la forma y olvidar el color. Sí, no lo neguéis: olvidar el color, que debe ser el alma de la pintura. ¿Y Tiziano? Modelar la silueta, como Rubens la exageró y como la disecó Miguel Angel. Amigos míos, la forma vaga siempre en el aire, y este aire da la nota, y esta nota es uno de los mayores tormentos de la pintura moderna. Mirad el modelo. Esta mujer no es más que una serie

de tonos que vagan como sombras y reflejos por entre la luz del estudio.

No quisimos contradecirle y miramos el modelo. Estaba colocado encima de un taburete, por falta de otro mueble, y por su piel corrían temblores de frío, á pesar de aquella estufa alimentada con el mismo mobiliario. Tenía el cabello suelto, un cabello cuasi rojo; los brazos, levantados; la cabeza, inclinada, y se apoyaba sobre una pierna adelantando una rodilla. En su cara se pintaba la indiferencia de la modelo de oficio, de la pobre mujer que va de cuadro en cuadro como un objeto de adorno; que se aquilata su valer por la forma de su cuerpo ó el color de su cabello, y que se tiene olvidada en el estudio como el libro aquel de las rosadas cubiertas.

El pintor la miraba con los ojos entornados, se alejaba del cuadro para verlo á distancia, volvía á acercarse para dar algunas pinceladas, y buscaba, buscaba en vano en la paleta las íntimas suavidades de color que temblaban en aquella carne de color mate amarillento.

Por fin tiró los pinceles, diciendo:

—Yo no sé: hoy esta mujer es azul como un diablo.

La modelo, sin moverse, bajó los ojos

inquieta á fin de ver si realmente se había vuelto azul como decían.

—Este blanco azulado es, sin duda, el reflejo de la nieve — le dijimos nosotros para darle ánimo.

—Quizá sea esto; pero, sea lo que fuere, hace seis meses que estoy batallando con este cuadro; sies meses, que serían mi ruina, si no estuviera arruinado desde mi tierna infancia. Todos los días despinto lo que pinté el día antes, porque esta es la mujer más variable de tonos que he visto en mi carrera de desengaños. Como podéis ver, el cuadro debe representar una mujer bañándose entre dos baños: uno de agua clara y otro de aire turbio. Al empezar el cuadro inundé el local y la puse de pie sobre las aguas para estudiar ciertos contrastes; pero los vecinos se quejaron de mis estudios, y como no pago el alquiler con la puntualidad debida, tuve que declinar mis convicciones. Mi sueño dorado hubiera sido poder pintar el desnudo sobre la blanca nieve; pero el organismo humano nó consiente ni resiste estos ensueños del espíritu. ¡Qué hermoso, ¿verdad?, qué hermoso hubiera sido un cuadro lleno de inmensa sábana blanca, haciendo destacar el color de rosa de un cuerpo! ¡Cómo se hubiera borrado la línea

en aquella espléndida blancura saliendo el color vencedor de la ingrata silueta! Y ¡qué delicados efectos hubiera producido en la carne el frío intenso helando la sangre y pintándola de suavísimos matices!

La modelo, en tanto, al son de esta relación entusiasta, sintiéndose en aquellas soledades de nieve, ó no sintiendo ya los efectos de la estufa, que se iba apagando poco á poco, empezó á temblar de pies á cabeza de tal modo, que el pintor, compadecido, le dijo:

—Vístase y hasta mañana.

Se vistió, y dijo antes de marcharse:

—¿A qué hora?

—A las ocho en punto.

—¿Y si nieva?

—Aunque caigan rayos helados.

Fuese y nos quedamos solos.

El estudio se iba obscureciendo por momentos, dejando en la sombra el fondo de la puerta, donde se veían las manchas de las figuras japonesas; el humo de los cigarros se columpiaba en el techo y volaba por delante de la claraboya; los cristales, empañados, se cubrían de ramajes de hielo, y sentados encima de la mesa contemplábamos al artista, que apoyaba su macilenta cabeza encima del caballete y miraba el cuadro con tristeza.

Miraba el cuadro, y veía que entre aquella luz vaga é indecisa, los puntitos de colores de su obra se mezclaban, el rastro del pincel se perdía en los pliegues del modelado, y la figura se erguía sobre el verde del fondo como una flor amarilla suspendida sobre la yedra de un muro.

—Esta obra la destino al Salón venidero. Probaremos fortuna otra vez, y otra vez seré rehusado, como de costumbre. Un solo cuadro me he visto admitido en mi vida, y ¿sabéis por qué lo admitieron? Porque era negro como una pesadilla y pintado con las recetas que administra la sesuda Academia. Al devolverlo al estudio creí que entraban un féretro, y sentíme invadido de amargos remordimientos. Entonces fuí yo quien no quería admitirlo, y les dije que lo llevaran á casa Bonnat ó Paul Laurent, que yo no gastaba semejantes carbones, y que en prueba de ello que miraran mi paleta. Aquí lo dejaron, sin embargo, y allí dentro lo tengo. Sólo el día de los muertos lo expongo, en medio de la sala, con dos cirios encendidos. Donde expongo, y no hago mal papel entre los míos, es en la exposición de artistas independientes, en el pabellón de la villa de París. Allí exponen con nosotros Signac, Pissaro, Gros, Seurat y otros *punti-*

llistas de talento. Entre ellos figuran algunos impresionistas, gente que empezaron bien la batalla, pero que van quedando rezagados, y esgrimen también su fuerza los *cherckeurs*, pintores cuyo lema es buscar, buscar siempre y no contentarse nunca de sus obras. Esto me pasa á mí. ¡Siempre el temor asaltándome de poner algo en mi arte que no sea sincero! ¡Siempre la idea, que me roba el sueño, de que un día me canse de pintar lo que siento y me entregue á las pérfidas exigencias del dinero! ¡Es tan amargo, amigos míos, seguir una vocación y no inclinarse ante el que paga, cuando el hambre y el frío llaman á la puerta del estudio! Figuraos que mi madre, mi pobre madre, que vive en un rincón de provincias, allá en las costas del Atlántico, me manda todos los meses veinte duros, y Dios sabe las privaciones que le cuestan y las lágrimas que llegan con ellos. Mis parientes no quieren, ni nunca quisieron que fuera artista, y se obstinan en que me deje abandonado; y ella lucha con ellos y con su ignorancia, y sin saber lo que hago, ni lo que busco, ni qué es lo que deseo, tiene fe ciega en mis obras y me alienta en sus cartas, siempre llenas de sonrisas y de dulcísimo consuelo. Una vez envié á mi pueblo los mejores

cuadros que había hecho. Nadie allí los comprendió, ni supo de qué lado debían mirarse, ni lo que eran, ni lo que querían ser, y sólo ella los juzgó superiores y los guarda en la sala, como una reliquia gloriosa.

Al decir esto no pudimos saber si lloraba, porque se volvió de espaldas, mirando el fondo de París, que se iba obscureciendo, y estuvo un rato callado y en actitud pensativa.

—Una vez me propusieron que me fuera á enterrar en vida á mi pueblo, ofreciéndome ser maestro de dibujo. ¡Yo, maestro de dibujo, el eterno enemigo de la línea! Reí y lloré, y fuí débil escribiéndoles mis teorías, de las que no entendieron ni una sola palabra. ¡Qué habían de entender ellos! ¿Cómo hacerles comprender mi anhelo de buscar la línea por medio del tono, desterrando la silueta? ¿Cómo decirles que el dibujo no existe para mí más que en esa confusión de vibraciones del espacio? ¿Cómo explicarles ese vago misterio, esa nube de sutilezas que corre por el aire y que nuestra escuela lucha por sorprender, por sorprender con toda la espontánea fuerza del natural? Estas cosas se sienten y no se explican—dijo, apretándose la frente con la mano.

Luego, mirando París nevado, nos dijo:

—Observad ahora mismo este fondo, y decidme dónde acaba una línea y empieza otra.

Miramos, y vimos el sol pálido que, detrás de una cortina de niebla, parecía apoyar los labios en la cima de las montañas, dando un beso á la tierra, antes de despedirse de ella; vimos el llano que reflejaba el cielo en oleadas blancas como la espuma, y vimos los colores que suben del suelo y otros que bajan de las nubes, para abrazarse en el espacio y morirse con el día.

—Esta es la hora sublime—nos dijo nuestro amigo.—Esta es la hora en que muere la línea y sólo impera el color. Mi sueño dorado sería vivir siempre en esta hora de agonía, y pintar en un globo, donde estuviera lejos, muy lejos de la tierra.

***

—¡Qué diversidad tan grande de locuras hay en ella! Y ¡qué repertorio tan grande de sufrimientos tiene para sus hijos!—pensamos al alejarnos, dejando al pobre artista solo en aquella fría nevera, donde sólo ardía un pensamiento. La idea

de la línea nos asaltó durante todo el camino, y al pasar al lado de un muro interminable, y al ver nuestra sombra dibujada en él, á la luz de los faroles, creciendo á intervalos y borrándose para surgir más grande, creimos que nos perseguía aquella eterna silueta de que hablaba nuestro amigo, y apretamos el paso para llegar antes al Molino.

IV

UN PINTOR CHIC

Al día siguiente de la visita al estudio de nuestro amigo, el puntillista, la nieve aquella se había helado por las calles en plena posesión de su derecho; las fuentes, en vez de manar agua, como es su misión, destilaban estalactitas cristalizadas, semejando burbujas de vidrio claras y transparentes; el agua se detenía por los arroyos, acosada por el frío; y el cielo, libre ya de la niebla, que le privara la vista de la tierra, parecía complacido de haberla cubierto de blancura y se extendía azul, sin una nube por su bóveda grandiosa.

Todo este prólogo inútil no sirve de otra cosa sino para llegar á decir que el día se presentaba espléndido y generoso, y no era del caso desairarle quedándonos en casa. Así es que nos lanzamos á la calle á darle la bienvenida, con la chistera á cuestas, gabán (con levita debajo) y guantes de piel forrada formando los moldes de los

cinco dedos, correspondientes á toda mano completa.

Ya se comprenderá que tales trapitos de cristianar no los llevábamos en honra y gloria tan sólo del buen tiempo, tan amable y respetuoso con los que amamos el sol con todos sus atractivos y defectos, sino que por algo habíamos entrado dentro de la levita, y que este algo era de sumo compromiso.

Realmente lo era. Ibamos, invitados, á visitar el estudio de un pintor muy en boga (que no siempre la fortuna debía llevarnos entre bohemios), *cuyo* artista todos los jueves recibía las visitas de compromiso; y como á nosotros se nos juzgaba de esta alta ó baja categoría, llevábamos á cuestas lo mejor que se tiene en lo más hondo del baúl, durmiendo entre alcanfor y pimienta.

Utrillo debía presentarnos, y á las diez ya estaba en casa.

El corresponsal de La Vanguardia llegó con sus mejores galas, y, para lucirlas con más garbo, no llevaba sobretodo, lo cual, si bien es verdad que imprimía á su cuerpo (falto de carnes) cierto aire simpático de marcialidad y esbeltez, que debía conquistarnos el honor de una buena acogida, en cambio tal falta de abrigo era

molesto para el inteligente y simpático periodista, y le suplicamos que no se sacrificara por nosotros, es decir, le suplicamos que se abrigara.

Salimos, pues, flamantes como maniquíes de sastre; y si bien íbamos algo encogidos dentro de nuestros trajes (dale con ellos), en los que no faltaba ni un botón, marchábamos con paso ligero, alegre el corazón y *tranquila la mirada*, cuando al volver una esquina vimos un caballo que se venía al santo suelo, recibiendo en premio de su desgracia el cochero, que le cayó encima, como llovido de su pescante.

Corrimos á socorrerles, recordando análogos percances que nos sucedieron, cuando en nuestra juventud viajábamos en carro. Con tan decidida ayuda, en un momento volvieron á su posición natural coche, caballo y cochero; pero lo que no volvió á ser lo que eran, ni serán nunca lo que fueron, son el sombrero de Casas y la levita de Utrillo, en cuyo lustre y en cuyo corte habíamos fundado tan halagüeñas esperanzas.

En cambio, según es uso y costumbre en esta tierra, el cochero nos ofreció una copita en la taberna de enfrente (porque siempre que cae un caballo hay una ta-

berna delante), y en ella se realizó el ex-voto, brindando, con otra gente de coche, por la fraternidad de los pueblos, por la pronta unión de toda la raza latina y por la separación de Montmartre y el Estado.

Salimos con las prendas de vestir deterioradas; llegamos al *boulevard de Courcelles;* entramos en un *chalet*, estilo renacimiento; subimos una lustrosa escalera, seguida de una alfombra que se amoldaba á las exigencias de los peldaños, y llamamos á una puerta, que se abrió solemnemente.

Un criado nos condujo á una antesala, obscura como la de un panorama; en voz baja y aire de guardián de odaliscas nos dijo que aguardáramos un momento; así lo hicimos; entregamos una tarjeta, que recogió en una bandeja de plata; crujieron vestidos de seda, y grandes pieles deslizáronse por la alfombra; pasaron tres caballeros negros; otro criado pasó con un marco; se oyeron en el fondo exclamaciones de elogio; y, por fin, corrióse una cortina, por debajo de la cual también pasamos, buscando el agua bendita á fin de santiguarnos, y penetramos en aquel templo de la moda, con la duda de si debíamos doblar la rodilla ó tenernos en pie fir-

me, ante el cuadro de ostentación que teníamos delante.

Utrillo nos presentó al artista con palabra fácil y algo elocuente, al son de cuya voz hicimos una reverencia bastante mal ensayada, que el pintor contestó con una sonrisa decorativa, pasada la cual nos dijo:

—¿Son ustedes artistas?

Casas y yo nos miramos dudando; pero como había que decir algo, contestamos:

—¡Vaya usted á saberlo!

—Pero, ¿pintan ustedes?

—Esto sí—contestamos los dos á la vez, —y tanto como podemos.

—¿A qué género se dedican?

Otra duda.

—Pintamos lo que se nos presenta delante. No tenemos contemplaciones, y procuramos copiar al natural de la naturaleza á nuestro modo.

—Pero, ¿ustedes tendrán alguna preferencia?

—Hasta el presente, preferimos lo que nos gusta, que es cuasi todo.

—En fin, bien: ya verán lo que yo hago. Siéntense ustedes, que dentro de un rato podrán contemplar el cuadro que preparo para el Salón venidero.

No deseábamos otra cosa, porque así

desde un rincón podíamos observar al pintor, el estudio y la concurrencia que debía llegar, por ser día de moda.

El artista tendría cuarenta años. Era rubio, alto y de hermosa estampa, que le había ayudado mucho en el éxito de su carrera. Derecho, se *plantaba* por poco que se presentaran las circunstancias; sentado, adelantaba una rodilla, como un tenaz moribundo; dejaba caer las manos siempre sobre fondos obscuros para hacer destacar la blancura de su piel y la esbeltez de sus dedos; acariciaba sus bucles, sin despeinarlos; llevaba el bigote á lo barítono; vestía terciopelo negro, destacándose un cuello sin planchar, del que pendía un gran lazo artificiosamente descuidado; y hablaba siempre en voz baja y en tono melodioso, fingiéndose hombre que ha sufrido terribles desengaños en los aciagos días de su existencia, no comprendida de su siglo atolondrado.

De vez en cuando adoptaba una *pose* de abandono y fingía una melancólica nostalgia. Entonces, reclinado en un sofá, dejaba caer los labios como despreciando la vida, sonreía como un cordero enfermo, y de repente, abriendo los ojos como si despertara de un sueño, lanzaba una mirada lánguida al estudio.

Componíase éste de una inmensa sala á lo Mackard, iluminada por el foro por una claraboya que dejaba pasar la luz, amortiguada por unas finísimas cortinas.

Enfrente, dentro de un grande espejo, se veía un cuadro como reflejado por una linterna mágica; dos armaduras ecuestres brillaban en la sombra, y en todo lo que constituía el estudio se notaba un descuido hábilmente meditado.

Los cuadros parecían colocados al azar en los rincones, y, sin embargo, siempre detrás tenían una nota de damasco que, caído como del cielo, formaba armonía con la entonación del lienzo; los tapices ocultaban en caprichoso desorden otros fragmentos de telas, y siempre los pedazos ocultos, ocultos estaban con premeditación para esconder defectos que debían ser ignorados; por el suelo las pieles parecían tiradas con olvido, y este olvido conservaba siempre los mismos pliegues, estudiados de antemano; y en la forma de las lámparas, en el desorden de los papeles, en la transparencia de las cortinas y en todos los detalles, la *pose* era llevada á grado tan refinado que hacía que el dibujo con dedicatoria de un amigo sirviera allí como nota; un retrato de hombre célebre, para llenar un rincón; y los recuer-

dos más íntimos, como piezas decorativas sacrificadas á la diosa Vanidad, que allí tenía su templo predilecto.

Levantóse el artista del *sofá de la meditación*, cogió la paleta de un salto, y de otro los pinceles y como si la inspiración le hubiera entrado, sin llamar, por las puertas del cerebro, se puso frente á un gran retrato que estaba preparando, y rogó á la señora retratada que se plantara antes que el fuego sacro de su genio no se fuera con la música á otra parte.

Así lo hizo la elegante dama. Dejó caer la mano aristocrática sobre el vestido (un vestido encarnado con adornos de oro viejo), irguió la cabeza en noble actitud y soberano desprecio, terció las espaldas color de nácar y transparencias rosadas, y lanzó la mirada á lo alto, á lo más alto posible, quieta como una reina de mármol del Luxemburgo, sin atreverse á mover, conociendo las genialidades del artista.

Este pintaba el fondo, sin embargo, y sólo miraba el modelo por puro compromiso.

La cabeza echada atrás, entornaba los ojos, se apartaba á distancia, se acercaba de nuevo y atacaba el cuadro de frente, haciendo nadar el carmín sobre la tela, como si quisiera ahogar su genio en aquel lago de sangre.

—Muy bien, muy bien—decían á cada nueva embestida dos viejos caballeros que contemplaban la obra espeluznados, como si el pintor hubiera hecho un salto mortal ó un equilibrio de mérito.—¡Qué facilidad y destreza y qué ligereza de manos! De oro deben ser las que prodigan tanta belleza.

—Hoy no estoy inspirado—dijo el artista, despreciando el elogio.—Mis nervios son susceptibles á todas las sutilezas, y hay días que mi talento decae y me siento desfallecido. El arte no siempre me protege: hay momentos que me olvida y me deja abandonado, y hasta que la reacción se apodera de mi espíritu, mis obras se resienten del estado de mi ánimo.

Resentidas ó no, el pintor continuó ejerciendo de genio. Modeló el traje con pinceles de alto bordo, indicó á brochazo limpio el dibujo de una alfombra, y, emprendiéndolas de nuevo con el fondo, en un momento vació un caudal de tubos, que fué lanzando como cartuchos gastados, y que iba recogiendo un criado correctamente vestido.

Acabóse la sesión. Marchóse la señora con los dos admiradores (que no supimos si lo eran del retrato ó de la dama retratada), y al quedar solos nos dijo el artista,

mientras borraba los toques de genio mal dirigidos:

—Hoy trabajo por puro compromiso, porque generalmente los jueves los destino á enseñar mis obras á mis numerosas relaciones. Molestaos un momento, que dentro de poco vendrán unos clientes y podréis ver, por fin, el cuadro, y darme vuestro parecer sincero.

El primero en llegar fué un *marchand*, vestido correctamente, que en voz baja, pero no tanto que no pudiera ser comprendida, dijo sin rodeos:

—Necesito dos cabezas más, para mañana.

El mismo tipo rubio de siempre, que es el que gusta más á los compradores ingleses.

—Ya sabéis que nada puedo negaros. Pintaré las testas que me pedís, procurando hacer el mismo perfil y poner los mismos tonos que en el mercado tengo ya acreditados; pero tenéis que aumentarme el precio, porque no quiero que abuséis de la inspiración que malgasto en cumplir tan vulgares compromisos.

—No hablemos de inspiración, amigo mío — dijo el negociante; — esa palabra buena es para empleada en las grandes ocasiones, como figura retórica; pero ya sa-

béis que nos conocemos hace tiempo y no debéis tratarme de cumplido.

—Así sea—dijo el artista;—pero tratadme mis obras como merecen.

N.—¡Si me oyerais alabarlas á los buenos compradores.

A.—Por vuestro interés las alabáis, que no por amor al arte.

N.—Jamás ni vos ni yo fuimos grandes enamorados.

A.—Sea. Os mandaré las cabezas, pero diréis que os cuestan mucho más caras—dijo mirándonos y sonriendo.

También sonreímos y nos miramos nosotros.

N.—Tan caras como queráis: soy pródigo en los precios nominales.

Después de este platónico diálogo, fueron llegando las visitas anunciadas. Llegó primeramente un caballero, con testa de senador, condecorado en el gabán, americana y chaleco, á más de serlo con más años que *Chevreul*, decano en todo y por todo; una gran dama, cubierta de ricas pieles ocultando la suya, que debía darle alta ejecutoria de nobleza por ser de pergamino; una joven sola, con sus lentes, tipo acabado de discípula del conservatorio y copista del museo; un joven elegante, con monocle y sobretodo ampliamente

cruzado sobre su cuerpo enclenque; y, por fin, un grupo de señoras que con el *frou frou* de sus vestidos, la risa de su sonora garganta y el perfume *afiligranado* que despedían sus trajes de suavísimos colores, animaron el estudio y le dieron el encanto de la vida que le faltara hasta entonces.

El artista tuvo frases calculadas para todos: de respeto para el condecorado, de protección para el joven del monocle, de galante compañerismo para la copista romántica, y de finura enfermiza y melancólica para las apuestas damas, hasta que, creyendo oportuno el momento de enseñar su obra á su público escogido, tocó una campanilla que hizo comparecer dos criados con un gran cuadro, oculto detrás de un tapiz de Gobelinos.

Corrióse aquella cortina con grandioso espectáculo, y vimos, por fin, la obra deseada.

El asunto no era nuevo. Y ¡qué había de ser! Otra Juana de Arco, con la misma armadura mujeril de siempre, con idéntico entusiasmo del lado de los franceses, y con el mismo pavor y sobresalto en las filas del ejército enemigo. La doncella de Orleans miraba al cielo; el ejército miraba á la doncella; el cielo miraba á la

doncella y al ejército; y nosotros mirábamos ejército, doncella y cielo, buscando algo que poder alabar, sin encontrar ni un asomo de aquel genio que tan bien hubiéramos pagado para salir del paso y salvar el compromiso.

Pero el coro de alabanzas estalló débil primero, luego más nutrido y general por fin, y bajo aquellos bravos y exclamaciones de elogio pudimos pasar desapercibidos, sin ser consultado nuestro humilde pero firme parecer en aquel acto.

¡Triste hubiera sido, aunque no escuchado, á darlo con franqueza! El efecto que nos hizo aquella casa, aquellas obras, aquel público y aquel artista, fué frío como un invierno sin fuego; tan frío que tuvimos que salir y pisar la nieve por la calle y subir la nevera de Montmartre para hacer entrar en reacción nuestro espíritu, ya que más calor sentimos bajo un cielo que nos enviaba blanquísimos copos de nieve, que bajo aquel techo de fuego artificioso, donde el arte era fingido y la estufa, al dar calor en el cuerpo, dejaba el frío en el alma.

V

EL RÉVEILLON

Delante de nuestro balcón se levanta un alto muro, largo y desierto, sin ventanas que le molesten ni adiciones que le afeen.

La soledad de aquel muro, que en Navarra serviría para juego de pelota, sirve de *paradero* de anuncios.

En él los colores se entrelazan, las letras se amontonan, los papeles gritan y defienden su causa, y aquel juego de palabras y siluetas es como un vasto calendario que consultamos por la mañana, al levantarnos, para saber hechos y cosas que ignoraríamos por completo.

Por el muro sabemos el día de elecciones, los candidatos que luchan, la política que prometen seguir, los programas de sus reformas y el color de sus opiniones; por él sabemos la función más ó menos espeluznante del teatro de Montmartre; que la tos se cura con pastillas de Géraudel; que *El Petit Journal* tira un millón de ejemplares; que los polvos diáfanos son más indicados para la conservación de la

piel humana que los de la madre Celestina; que la Emulsión Scott se fabrica con salsa de bacalao; que Luisa Michel dará una conferencia; que la tenia se mata con buena voluntad; y que el frío, el gran frío, se combate con fuego prisionero dentro de unas estufas, modelo de abstinencia de carbón, en las que el calor brota espontáneo por fenómenos hasta hoy desconocidos.

Este muro es un tesoro, es una finca, es un *amore* de muro.

El nos dice cuándo es fiesta de precepto y cuándo día de vigilia; de entre sus papeles, pegados al azar, formando inconscientes epigramas, brotan noticias tristes y buenas nuevas; él nos anunció el día de los muertos con grandes coronas negras; y por él, en un hermoso dibujo de Chéret, supimos que Navidad se acercaba, y bendijimos la llegada de ésta, ¡que despierta tantas ideas y calienta tantos recuerdos!

Aquellos colores, brillando entre manchas de figuras, nos trajeron á la mente la memoria de aquella fiesta íntima, tal como se lleva á cabo en nuestra tierra; nos recordaron aquella mesa blanca de allí, como la nieve que aquí se usa; aquel pavo relleno se nos apareció envuelto en aureola, como una ave mitológica: lo vi-

mos nadar en un lago de rubia salsa, sentimos manar de su interior profundo aquella lluvia de ciruelas que nos parecieron de oro, con las pasas y la clásica manzana, como un sol en el ocaso; sentimos el aroma de aquel vino del Priorato, de tantos grados de fuerza como quilates de buen gusto, y en su espesa líquida transparencia vimos nadar los barquillos como barcos de alto bordo, y sentimos la querida voz de los amigos, brindando con las copas en la mano, el fuego en los ojos y la alegría en el alma.

Y nosotros, pobres desterrados voluntarios, también quisimos remedar las costumbres de nuestro querido suelo; también quisimos brindar por nuestra patria, oculta allá á lo lejos; y por no hacerlo á calladas, como todos los días hacemos, invitamos á algunos amigos que supieran recordarla y á otros que, aunque extranjeros, la quieren por lo que les cuenta el sol, cuando llega abrigado entre nieblas, para librarse del frío que se siente en estas regiones de hielo.

Al efecto, arreglamos bien los *salones;* encendimos el quinqué á toda *lumbre;* hicimos señalar al reloj de caja una hora verosímil; registramos los registros del armonium y lo llenamos de vien-

to; afinamos la guitarra; pusimos carbón de piedra á la llar y pegamos fuego en ella; colocamos las tres sillas en buen orden (todas patas abajo); instalamos el termómetro al lado del fuego á fin de hacerle remontar los umbrales de aquel cero é infundir así calor y fe á los amigos, y les esperamos en la sala de recepciones, hecha una taza de plata.

El primero que cayó en nuestros brazos fué el ciudadano Canudas, nacido en la calle del Carmen, y muy conocido en Barcelona por la gente de pinceles y paleta. Como buen hijo de arrabal, es rico de imaginación y no tanto de fortuna. Cuando ejercía de pintor (ya que actualmente ha entrado en el grabado) bien poco le faltó para ser dichoso, pues que estuvo á punto de vender un cuadro por diez pesetas. Consistió la aproximación en que se vendió el del lado (quizá porque lo dieron ron más barato), que ya es cosa sabida que la competencia perjudica siempre á los confiados.

No decayó su ánimo, á pesar de este tropiezo en su carrera, y se dedicó desde entonces á la pintura de la marina mercante.

Para estudiarla de cerca y dar lecciones de dibujo, pasó á Canet de Mar; trabó

allí muy buenas relaciones; se dejó toda la barba; perdió la salud, y volvió á la calle del Carmen, á ponerse al frente de una fábrica de cocer judías al por menor, hasta que, gracias á cierto invento, que puso en revolución esta industria del cocimiento, tuvo que retirarse, acosado otra vez por la maldita competencia, que siempre fué su mala sombra, si mala puede tenerla quien tan buena la tiene y tanto ingenio derrocha con sus amigos que le quieren.

Vino entonces á París; pasó medio año ejerciendo de turista obligatorio, hasta que un día Dios le llamó por el camino del grabado, y *entró* en esta noble profesión con la conciencia tranquila y la salud repuesta de sus pesados quebrantos.

Hoy día no es el Canudas de antes.

Viste con desahogo; fuma; lleva sobretodo impermeable con pieles de carnero y hasta zapatos de doble suela; ha puesto voz de barítono (por más que no la usa), y sólo ha conservado de sus primeros años aquel buen humor, mezclado de humorismo, que siempre le acompañó en los azares de su vida.

Al llegar se sentó y ocupó una silla. Vióse pronto la segunda ocupada por Utrillo, y en cuanto á la tercera fué tomada

por asalto por el amigo Sadí (bautizado en parisién aunque lleve el nombre moro), el cual nombre sonará con el tiempo, si la fortuna no le juega una partida serrana en el curso de su artística carrera.

Es ésta la de músico compositor con asomos de poeta.

Sus esfuerzos tienden á realizar con la música lo que ha resuelto Puvis de Chavannes con la pintura: simplificar su arte para llevarlo á la última expresión de sencillez y parquedad; decir en pocas palabras lo que no diría en elocuentes períodos un orador español, y envolver en cierta sobria vaguedad su obra musical, á fin de que el oyente, allá para sus adentros, siga, según el estado de su ánimo, el camino que le traza, que es recto, alfombrado de armonía y lleno de sentimiento.

Esta táctica artística, al parecer, tiene mucho de oriental, y nuestro amigo bautiza su música con el título de armonía griega. No soy capaz de saber (¡qué he de saber!) hasta qué punto puede resultar helénico el sueño de este artista; pero sí puedo asegurar que, entre tanto, lleva ya los cabellos que le caen hasta las lustrosas espaldas; que gasta anteojos de tan buena clase que indican la mala cali-

dad de su vista, ya que no de su mirada; que usa sombrero de copa de anchas alas que se cimbrea en su cabeza, como toldo en día de viento, y que no se cuida el resto del traje por distracciones de su carrera.

Ocupada, pues, que fué la tercera silla por nuestro músico griego, se quedaron en pie los que llegaron luego.

Vino Bertrán, el pintor compatriota, y Buxó, nuestro marinista y paisajista en una sola pieza; vino Vernet, que no es pariente del Horacio del mismo nombre ni del grande Horacio; vinieron otros, extranjeros en España y nacionales aquí; y, por fin, llegó el *puntillista*, echando *bendiciones*, porque teniendo, como tenía, empezado un estudio en medio de la nieve, se le había antojado á la atmósfera, ó á lo que sea, no nevar en todo el día, interrumpiendo sus estudios con poca cortesía.

Ya reunidos todos, á la voz de un santo y seña empezó la velada literaria... (sic).

Adelantóse Utrillo á ejecutar algunos equilibrios entre atronadores aplausos, y, emocionado por la justa ovación de que era objeto, rompió dos platos de porcelana; salió Canudas al redondel, y explicó en gallardas frases todas las suertes y des-

gracias de la lidia; Vernet, Buxó y el que firma amontonaron en la pista las tres sillas, y sobre ellas realizaron algunos trabajos acróbatas sin daño de tercero; Bertrán hizo el trabajo de las anillas, descifró la cuestión de Oriente y ejecutó otros juegos no menos arriesgados y curiosos; y, por fin, el *puntillista* emprendió una conferencia muy razonada, tratando de lo útil que sería el vacunar el gusto por las bellas artes á los que se muestran refractarios á comprenderlas (ya sea por anemia cerebral ó por otras causas), y de la necesidad absoluta de pedir al gobierno la imposición del retrato obligatorio á toda criatura que hubiera llegado á los diez años.

Esta notable peroración fué aplaudida durante cinco minutos, y el programa siguió por senderos muy distintos.

Tocóle el turno á Casas, quien, de pie sobre una mesa, sin lentes y con voz clara, recitó de un tirón un trabajo de mucho empeño, tratando extensamente del velocípedo aplicado al arte, mientras que Utrillo, valiéndose del trémolo, le acompañaba en el armonium.

Acercóse á este noble instrumento de viento el compositor griego, y en menos de dos minutos recorrió todo el teclado

con una velocidad pasmosa. Temblaron los ocho registros al sentirse acosados de un modo tan repentino, y del fondo de aquel mueble brotaron notas de tan suave encanto, unidas entre sí con tal armonía y melodioso sonido, que no podíamos creer que fuera aquel viejo instrumento (tan rebelde hasta entonces á nuestras manos) el que tuviera ocultas frases tan elocuentes y palabras tan dulces al oído, y mirábamos por debajo de la mesa á fin de convencernos de que no había ningún órgano oculto, que hiciera de apuntador al vetusto acordeón.

El era realmente el que tocaba, él, y nos decía quién era, y la voz que tenía oculta para las grandes ocasiones, y nos daba á comprender que la belleza está en todas partes, cuando hay quien sabe descubrirla.

Nos quitamos el sombrero en señal de respeto ante tal revelación; juramos comprar al armonium una funda, al día siguiente, para guardar su delicada garganta; quedó acordado tratarle de *vuesamercced el armonium*, desde aquel momento en adelante; coronar al artista clásico; firmarle un pase para la posteridad; obligarle á escoger plaza para el monumento que debía levantársele; y darle á escoger estatua, busto ó bajo relieve (que

ejecutaría Clarassó) apenas se tuviera noticia de su muerte.

Deseó que su retrato se pusiera en el Molino, prometiéndonos que su muerte no se haría esperar mucho tiempo, para así poder ser llamado *malogrado* en sus biografías; y en tanto que debíamos aguardar este triste suceso, penetró la conserje con el refresco (quizá poco oportuno en estos tiempos de frío), que fué recibido, sin embargo, con una marcha triunfal, ejecutada por tantas manos como cupieron en el armonium, y cantada por todas las voces solas de que pudimos disponer, incluso la acontralada de la conserje, que resultó la más robusta en aquel caso formidable.

Entonces, ya el refresco repartido, comióse lo que había que comer y bebióse el resto.

No fueron los brindis tan alegres como era de esperar. Hablando del arte, de la patria, de los amigos ausentes y de otras cosas y de otros seres queridos, empezamos bromeando y acabamos por ponernos serios y tal vez pensativos, que no en vano se maneja el fuego sin que envíe calor al que se acerca á sus llamas.

Al son de la palabra, y entre el incienso del tabaco, expusiéronse teorías, y

echáronse á volar proyectos lejanos; acariciáronse ideales y brotaron esperanzas; removiéronse sueños íntimos de esperanza y levantáronse *castillos en España*, y el aire fué impregnándose del entusiasmo que brotaba de todos los corazones; se habló atropelladamente para dar salida á los latidos de nuestro ánimo; y cuando Casas pulsó la guitarra é hizo brotar de sus cuerdas aquellas notas de oriental melancolía, pareciónos oir, con aquel canto, el eco de España, y entrevimos aquellos campos de olivares caldeados por el sol, la playa de oro con la línea del mar recta en el fondo, las montañas sombreadas por negros pinos, y el rincón de nuestro terruño nos pareció el reino de la luz, visto desde el frío país de la niebla y de la sombra.

Con tales impresiones salimos y llegamos al bulevar de Clichy. Eran las doce de la noche y por la calle había una animación extraordinaria. Todo el mundo celebraba el *Réveillon*. En las ventanas brillaba la claridad del fondo; los juguetes se vendían por todas partes, y en todas partes debían de ser recibidos como caídos del cielo.

En un ángulo del bulevar nos detuvimos, á fin de ver pasar la gente que cruzaba embozada y cargada de paquetes.

¡Cuántas ilusiones iban envueltas en ellos!

Allí se levantaba otro muro, más largo y severo que el que nos sirve de calendario, de cuyas grises espaldas salían grandes árboles secos y descarnados. Aquel muro encerraba el gran colegio del Sagrado Corazón, y esperando los juguetes, que habían entrado á montones en aquella casa aristocrática, no se dormía aquella noche.

Apoyada en el mismo muro, tampoco dormía (aunque muerta de sueño) una niña de ocho años, que vendía juguetes á diez céntimos. ¡Pobre infeliz que repartía ilusiones en la edad de recibirlas! ¡Para ella no había *réveillon* aquel día, ni lo había de haber en su vida!

¡Cuán temprano venía la desgracia para la niña de afuera y qué pronto llegaría el hastío para las niñas de adentro!

Esto pensando, compramos cada uno dos trompetas de las más caras á la niña, le regalamos cada uno una, y fuímonos todos tocando, con la otra, hacia el Molino.

VI

UN FOTÓGRAFO DE LA LEGUA

Al lado mismo del molino y bajo su larga sombra; al borde de un camino, lleno de hierba en verano y cubierto de nieve en invierno; suspendido como un nido de halcones y en lo alto de Montmartre, se sostiene un barracón, pequeño como una casa de guardaagujas, negro y mal cubierto de desmanteladas tablas, debajo de las cuales vive un pobre fotógrafo, olvidado del mundo que se mueve en la gran ciudad extendida á sus plantas.

Su casa y su pequeña galería más parecen un montón de madera que una vivienda humana; componen las paredes, desechos de puertas y ventanas, arrancadas de otras casas demolidas y empotradas allí como en traje de mendigo lleno de remiendos y composturas; el aire pasa por las rendijas libremente; y para calentar aquel montón de desechos, de bien poco debe servir la chimenea que remata aquella cueva.

Al pie de las roídas tablas, y dentro de una cerca, débil como los alambres de una

jaula, se muere un huerto y agoniza un jardín, colocado allí con mísera coquetería.

Las plantas que tienen fibra para resistir aquel frío de la atmósfera y aquel desierto de la vida, se aposentan en cajones de madera, pintados de un verde que se va y de un amarillo que entra ya en los dominios del gris, de puro desteñido, y levantan sus tallos flacos y amoratados, como piernas dislocadas de niños enfermizos: la anemia no las deja florecer, ni el musgo brotar, é inclinan la cabeza moribunda sobre la húmeda vivienda, como llamando á la puerta para entrar á calentarse y poder desplegar las hojas que el frío tiene encogidas.

Al lado de la puerta, que fué una persiana en otro tiempo y en la que hay pegada una tela impermeable, una parra nació en una primavera, y al llegar el verano creció tanto y con tan desmesurada prisa, que se olvidó de engordar, y al querer trepar por la casa cayó por su propio peso. Se extendió entonces por el suelo débil y larga como una cuerda, hasta que una mañana, animada por el sol, tuvo fuerzas bastantes para llegar al pie de la chimenea, y desde allí volvió á caer desplomada delante de una ventana, que no

se abre jamás, empotrada en la vivienda por exigencias de su construcción de lance.

¡De lance es cuasi todo en aquel rincón miserable!

¡De lance el jardín, la casa, la máquina y hasta la gente retratada!

Allí, entre la parra y la puerta, está el cuadro muestrario de los retratos que ejecuta, ó más bien de los que quisiera ejecutar el buen fotógrafo, y da grima ver aquellas caras prisioneras, como peces dentro un acuarium, que el sol ha vuelto amarillas comiéndose la salud de su semblante.

Realmente, al ver dentro del marco, de un violeta fabricado por la intemperie y debajo de un cristal velado, las fotografías pegadas sobre cartones hinchados por la humedad, entre arañas que allí murieron y sobre un papel lleno de manchas de colores sin color, los pobres retratados parecen convalecientes, rotos los retratos; y el anuncio, en conjunto, semeja esos cuadros que penden delante de las tumbas, rodeados de lazos y coronas.

El fotógrafo reunió un día en aquel cuadro los gloriosos personajes de su época, sin contar cuán poco tiempo se detienen en la memoria de los hombres los ídolos que ellos mismos encumbraron.

Allí se ve á Boulanger en el centro, sonriendo debajo de la palidez de la prueba, en traje de general y sombrero calado hasta los ojos; á su derecha Grévy, con su aire de horticultor bonachón; Faure á la izquierda, el cantante celebérrimo; y en el resto del cuadro literatos que llenaron el mundo con sus obras, mujeres famosas por su vida y su belleza, cancanistas de fama y otros más cuya gloria palideció lo mismo que aquel platino y cuyo recuerdo va borrándose del mundo, como clichés que han visto la luz antes de tiempo.

Al lado de tales eminencias vense también retratos de comercio (¡que no todo ha de ser arte!): un caballero que, al retratar su perro, quedó él retratado y el noble animal fuera de foco; un pollo de mirada azul que salió sin pupilas por castigo de tenerlas de un color que la fotografía no admite; un padre de familia con su prole colocada por riguroso escalafón; unos amigos despreocupados en actitud de hacer broma; un prestidigitador con todos sus chirimbolos; un soldado luciendo su flamante uniforme y un poco la cabeza, que es lo más secundario en estos casos; tres gimnastas saludando con la sonrisa de las grandes circunstancias; una bailarina vestida de mariposa de *capricho*,

sosteniéndose sobre las uñas, y un *Alfonso* que fué el terror del barrio por su gorra de tres pisos y sus bucles lustrosos pegados á la frente con sin igual elegancia.

Este es el cuadro y el adorno principal de la vetusta morada.

En ella no busquéis adornos ni primores de arquitectura, ni nada que indique la vivienda de un artista. El arte de aquel fotógrafo es el arte de arrastrarse por el mundo, para seguir viviendo; no tener ninguna vanidad, para explotar la del prójimo y mantener su familia valiéndose de la luz y del nitrato de plata.

Una Venus de Milo, encima de un pedestal, reñido con todas las reglas del equilibrio, es el único artístico destello que anida en aquel rincón del mundo.

¡Pobre Venus! Oculta detrás del musgo que sirve de abrigo á su desnudez clásica, se la ve sin brazos, como siempre; sin cabeza, sin pies, sin pliegues en su túnica (que todo esto tuvo), y de tal modo mutilada, que sólo conserva, la pobre obra maestra, algunas líneas del torso que recuerden su soberana belleza, con sus mutilados restos expuestos al aire libre, sus torneadas espaldas recibiendo la lluvia y las inclemencias del tiempo, y sirviendo de arrimadero á la puerta del ne-

gro laboratorio, en la que se lee en borrados caracteres:

«*Aquí el público no entra.*»

¡Inútil advertencia! ¿Cómo ha de subir allí, á aquel rincón ignorado, aquel público á quien se suplica que no entre y que es recibido como caído del cielo si llega á entrar, burlándose de la advertencia?

No, no hay temor de que entre ese público tan deseado, y ¡Dios solo sabe la falta que les hace á la gente de dentro! ¡Dios solo sabe que el día que nadie pasa los umbrales de aquella puerta, á los de aquella casa les visita la miseria! Y ¡son tantos los días de invierno que el molino está desierto y que nadie, pero nadie, se detiene delante del cuadro de la entrada!

Los pocos que la cruzan se encuentran en un interior triste como una tumba. Aquello tiene algo de jaula, de camarote, de tienda de campaña y de coche de sonámbula, de esos coches-viviendas que recorren las ferias en los largos bulevares.

La adornan en lo posible algunas sillas, cubiertas de cañamazo que venda heridas y destrozos; una cómoda bruñida por los sudores del fotógrafo; un sillón con funda, que oculta las miserias debajo del percal listado; un armario con algunos pla-

tos que han perdido para siempre su inmaculada blancura; y pocos objetos más, rotos, sudados, abriéndose por todos lados, sosteniéndose unos á otros en su desgracia y tostados por el humo de la estufa que sirve de adorno, de calorífero y de cocina, como de todo sirve la negra estancia menos de sala de espera.

No, allí no se hace esperar á nadie.

La antesala no se usa en aquella casa. Al que llega se le introduce en la galería de repente, se le hace el retrato á quema ropa y se le cobra sin pérdida de momento, que hay quien espera el dinero llorando. Una vez en la galería, la víctima *retratable* se encuentra con una máquina apuntando á un paisaje pintado en una tela.

Este paisaje es de un romanticismo á prueba de colores claros y difumados, y entre un castillo gótico de lo más florido y puntiagudo, adornado con adelfas y madreselvas, se destacan unos torneados balustres, tres de otro estilo, que dan al conjunto un carácter de transparente, con sabor de litografía trasnochada.

En el centro el poderoso aparato, como si fuera un túmulo, está cubierto por un gran paño negro que cae hasta el suelo en grandiosos pliegues. Aquel soberbio armatoste, esperando que la luz penetre en su

fondo misterioso para copiar la imagen en el oculto cliché, da tal solemnidad al local y tal nigromántico aspecto, que el que entra á ser retratado se quita el sombrero por instinto, habla en voz baja temiendo algo desconocido y mira de reojo al fotógrafo, esperando ver reventar la máquina como un cartucho de dinamita.

Con estos temores se coloca un hierro en el cogote de la víctima, y ya en esta posición comprometida se escoge entre el revuelto mobiliario algo que cuadre con sus tendencias y profesión, ya que allí, lo mismo que en los desvanes de un teatro, abundan los muebles de cartón y no escasea el oro de purpurina.

Un sillón Luis XIV, que ha de servir para los retratos de cuerpo entero, está codeándose con un oratorio gótico hecho de pasta de papel machacado; un roto paño de billar, que sirve de alfombra á los retratos de á peseta, yace al lado de una estera teñida de verde para las fotografías de aire libre; algunos juguetes rotos, que sirvieron de pasatiempo á los hijos del fotógrafo, se amontonan entre las cubiertas de un viejo devocionario y entre un ramo de azahar utilizable para los *grupos* de bodas, mientras una barca, destinada á los aficionados á ver su imagen y

presencia reproducida en alta mar, está anclada de pareja con un caballo de cartón que cojea de tres remos, va sin orejas y sin ojos y le sale la estopa por el vientre, como un penco que ha aguantado veinte picas.

Allí hay pinceles y paleta para los pintores de lo fino; plumas de gran calibre para los literatos; floreros para los burgueses; sables para los militares; y para todos hay objetos simbólicos á fin de que, al par del parecido físico, resulte la semejanza moral de todo ser viviente que se plante cara á cara del objetivo y bajo la voz de mando del fotógrafo que dispara la máquina.

¡Hay que verle en aquellos momentos de angustia, ejerciendo su delicada misión sobre la tierra!

Contando los segundos en voz alta (por falta de reloj) y con la mano temblorosa en el terrible objetivo, parece que toma la medida del tiempo que le queda de vida al retratado.

Este palidece, su rostro se acartona, abre los ojos desmesuradamente como previendo un final desastroso, y cuando un disparo de la máquina anuncia que la operación ha concluído felizmente, la víctima, que ve terminada su situación

angustiosa, no sabe darse cuenta de haber sufrido tan poco en operación tan arriesgada, y se admira de que pueda pasarse á la posteridad por camino tan despejado.

El retrato ya *echado en cara* y despachado el cliente, nuestro héroe se introduce con sus clichés dentro del negro laboratorio.

Allí, en medio de una obscuridad rojiza, rodeado de botellas de sulfatos, y venenos que contuvieron remedios; de nitratos, ácidos y cloruros, de bermellón (para pantalones de soldado), de vasos de formas raras, de potes de vidrio y tubos de cristal, parece nuestro hombre un nigromántico de otros tiempos, buscando la ansiada piedra de hacer oro.

Oro y no otra cosa es lo que busca en aquel laboratorio miserable el miserable artista, por más que sabe que ni plata puede hallar si no es en forma de nitrato.

Allí se pasa, el infeliz, horas enteras meditando su pasado, recorriendo su historia en lo profundo del pensamiento. Aquella semi-obscuridad le ahorra el trabajo de tener que cerrar los ojos, y, soñoliento en el fondo de su cueva, piensa en las esperanzas que ha visto pasar volando y ha visto desvanecerse en el curso de su vida.

Piensa que, como tantos otros, él fué también una víctima de aquel molino que vió rodar desde su infancia, y recuerda como un sueño lejano la impresión que produjeron en su alma aquellas alas inmensas cimbreándose en el espacio.

Con la fe de los primeros años, pródigos en dulcísimas visiones, sintió el aroma de arte que bajaba de aquel cerro, respiró en sus pulmones de adolescente el aire impregnado de ilusiones que bañaba el cielo de Montmartre, oyó la voz de los talleres entonando en coro un himno y una oración á la gloria, y con la sed de obtenerla y con la pasión de la inconsciente adolescencia quiso seguir el camino de aquel arte que le pareció de oro y perfumado de mirra.

¡Pobre artista, que consultó su alma sin calcular antes sus fuerzas!

No podía comprender que no basta el buen deseo á traducir lo que no ven con claridad los ojos; que soñando tan sólo, no se suben los peldaños de aquel templo de la gloria, y entonces empezó para él la lucha sorda y terrible librada con su impotencia.

Pasó años de angustias, batallando entre la vigorosa percepción recibida y la impresión mezquina que sus dedos trans-

mitían á la tela; batiéndose con el natural que le aturdía y mareaba con caricias de coqueta; atormentándose el espíritu para dar vida á la materia; y, por fin, la debilidad de su cuerpo pudo más que la avidez de su ánimo, y tuvo que rendirse ante sí mismo y declararse vencido delante del espejo del más amargo desengaño.

Entonces fué bajando aquella escalera de oro que había visto en sueños, y ¡fué bajándola bien aprisa!

Dejó á un lado la inspiración y negoció con su arte; pintó sobre porcelana; dibujó caligrafía; embadurnó panoramas; hizo figuras sobre vidrio para linternas y siluetas para sombras chinescas; fué de teatro en teatro improvisando caricaturas al minuto é hizo retratos en la feria, hasta que, ya exhausto, casado, con cuatro hijos que mantener, envejecido y agotado, se amparó en la fotografía como última tabla de salvamento.

Para ejercerla fué á instalarse al pie de aquel molino, que tan mal había pagado su cariño; se incrustó como un molusco en sus plantas, no pudiendo volar con sus alas, y se quedó aletargado en el fondo de su mísera vivienda.

***

Diez años hacía ya que desde allí sentía deslizarse su vida, monótona como una llanura sin fondo; diez años interminables que vió pasar inmóvil sin ninguna sensación que levantara su espíritu.

Allí, delante de la puerta, con su mujer y sus hijos, esperaba que subieran los clientes, bajo los rayos de un enfermizo sol de invierno; pero los clientes no subían.

No subían ni atraídos por el cuadro de la entrada, ni por la famosa silueta del molino.

El fotógrafo la veía con tristeza, fijaba su mirada en aquellas alas grises que daban vueltas sin descanso, y, perturbándose su mente bajo aquel rodar eterno, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, mareado.

VII

MONTMARTRE POR LA NOCHE

Montmartre tiene una ventaja sobre los demás barrios parisienses: un cuarto de hora más de luz por la mañana y media hora por la tarde.

Cuando en los grandes bulevares los faroles ya vacilan amarillentos sobre el fondo obscuro de la noche que se aproxima; en esta hora indecisa en que las calles se ven invadidas por la sombra, que pausadamente va subiendo envuelta en ultramar y cobalto, todavía puede verse allá en lo alto de Montmartre, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

El cerro, visto en esta hora postrera, tiene tonos brillantes de Oriente y matices de nieve de un paisaje del Norte.

Las casas, coronadas por la blanca iglesia que sobresale en la cúspide, son las últimas en despedirse del sol, tan querido en este terrible invierno, y el astro generoso, antes de ocultarse en el fondo de la llanura, envía colores de suavísima armonía á la poblada montaña y la adorna con gradaciones de tintas indefinibles.

Toda la escala acromática de violetas claras vibra en los tejados, que van quedándose de apagado mate; la nieve, bañada por el rojo encendido, adquiere veladuras rosadas que son el tormento de los pintores coloristas; los ventanales reflejan el horizonte imitando sus graduadas aureolas; y en lo alto, en lo más alto, las pizarras, heridas por rayos de color de fugo, adquieren el aspecto de una ciudad que muere encendida, hundiéndose lentamente en el fondo de hielo.

Tal es el aspecto del monte del molino, cuando el sol se digna visitarlo en estos tiempos de niebla; aspecto que dura un instante para dar paso á la noche.

Esta se presenta con su séquito de estrellas, que parecen temblar de frío; con el aire que le acompaña y que se desliza helado como el mármol; y en aquella hora de transición misteriosa, entre aquella quietud solemne, Montmartre parece aletargado y dormido en el fondo de sus estrechas y fantásticas callejuelas.

Pero no es así, por fortuna.

Montmartre no descansa.

En este montón de talleres donde todo el día se trabaja con afán incansable; en esta inmensa colmena en donde se aprovecha la luz hasta el último reflejo, las

hormigas que la habitan se convierten en cigarras cuando la tarde se apaga; en cigarras modernas, que cantan á la claridad del gas y de la blanca luz eléctrica, porque Montmartre, como buen nido de artistas y bohemios, es el país de las caciones.

Aquí se recogen y se guardan los cantos populares, esas quejas y latidos del pueblo, que de boca en boca han llegado hasta nosotros con el aliento de otros tiempos; aquí se crean las coplas picarescas que recorren el mundo de los cafés conciertos; aquí se ponen en música las estrofas patrióticas que derriban á veces un gobierno ó proclaman un dictador; aquí nacen las primeras notas que más tarde son semilla de musicales creaciones, y por el aire vagan y circulan sin duda los sonidos que dictan tantos cantares brotados espontáneamente en este barrio, como llovidos del cielo.

La grande arteria, esos famosos bulevares exteriores, están llenos de escenarios donde se da el primer compás de motivos servidos como frutos primerizos. Allí tantean sus primeros pasos sobre las tablas de un mal café los humildes debutantes que más tarde han de ser estrellas del arte; allí ignorados actores rompen sus primeras picas y aprenden á mirar el pú-

blico frente á frente, antes de que la celebridad les corone; allí el escéptico auditorio relega un artista al olvido ó le da un pase para la gloria.

Entrada ya la noche, á lo largo de aquellas ramblas se alumbran focos de blanca claridad, que hacen destacar la gente como sombras chinescas; faroles verdes y encarnados penden debajo de las marquesinas, reflejándose en las charcas con chispas de colores movedizos como fuegos de bengala; y la luz sale en cascadas por las puertas mientras va entrando un mundo de diletantes atraídos por los anuncios que en las fachadas y kioscos ensalzan en grandes letras la diva á la moda, el cantante mimado y la última canción acabada de nacer y tibia todavía del calor del pensamiento.

El *Moulin Rouge*, en el bulevar de Clichy, con sus ventanales y minaretes góticos, con la claridad interior que hace destacar sus caprichosas ojivas, con sus líneas de globos encendidos y sus vidrios holandeses, es el local que llama más extranjeros.

A su luz se lanzan lo mismo que atolondradas mariposas. Se pasean con el guía en la mano mirando el techo, como quien visita el cementerio de Pisa ó la rotonda

de Florencia; se enteran minuciosamente de todo y lo apuntan en su inseparable cartera, no fiándolo á la memoria; se aburren el tiempo que para ello han destinado, y se vuelven á su patria, jactándose de que han conocido París hasta en sus más recónditas intimidades.

En este baile-concierto están actualmente de moda las canciones españolas, como restos del recuerdo que dejaron en la última exposición las manolas y toreros.

En todas las sesiones salen á lucir su garbo dos chulas de *Batignoles* por lo menos y vestidas á lo Carmen de ópera cómica, con su calañés inverosímil y su fantástica chaqueta: tocan la pandereta á puñetazo limpio, hablan (con elogio) de los ojos españoles ó sacan el puñal de la liga (que no es agraria); bailan la *danse du v*... y acaban lanzando algunos olés tan ibéricos como les permite su garganta parisiense.

El *Petit picador* es la canción del día, aunque se cante allí por la noche.

Consisten los *couplets* en ensalzar, como no se merecen, la esbeltez de formas y caballerosos modales, á más de la finura y distinción, de esos *taurómatas* jinetes, y en presentarlos al auditorio tan acaramelados y gomosos, que el que no supiera

de quién se trata se creería que las estrofas van dirigidas á una niña de ojos azules y de rubia y trenzada cabellera.

El único español auténtico, vestido de andaluz, que sale á relucir entre tanta imitación, es un castellano viejo.

Vino aquí á vender no sé qué productos de su querida Castilla; mas como no llevaba ni panderetas, ni dátiles, ni naranjas, ni vestía de impertérrito contrabandista, pasó desapercibido entre este público que no conoce más nacionalidad que el traje tan adulterado como todos saben; se arruinó con lo que debía ser su negocio, y, sin dinero ni buen humor para volver á España, se quedó en Montmartre emigrado, viviendo por obra y gracia de una mala alimentación bien digerida.

Más tarde, con la experiencia del desengaño, cambió de rumbo.

Compró un traje viejo de torero en las corridas Meneses que aquí se dieron, y sirvió con *él* de modelo á los pintores *característicos*, hasta que, por fin, fué contratado como bolero en el *Moulin Rouge*, donde hoy, contrariada su vocación de labrador, baila hasta reventar como un derviche, y, pálido, flaco y disfrazado, parece un fantoche del flamenquismo importado en esta tierra, para muestra de aquel género.

Más arriba, siguiendo el bulevar de Clichy, dos fantásticas lámparas anuncian el *Diván Japonés*.

La especialidad en este concierto, lleno siempre de bote en bote, es la de no escuchar á nadie mientras canta; fumar hasta convertir el local en un fondo sin líneas, donde todo se difuma entre los vapores de una niebla espesa como gelatina; *gritar* en voz alta, lo más alta que resista la laringe; beber sin sed y no comer con hambre, y dejar correr las horas amontonando platos de cerveza.

Allá en el fondo, entre tal robusta gritería, capaz de aturdir al más turbio de oído, rodeada de monstruos del Japón que penden del techo, con doble juego de orejas y triple líneas de dientes, y entre figuras de serpientes submarinas é ídolos con ojos de tiburón que brillan en las paredes, se ve (entre nubes) una pobre figura que, encima del escenario, abriendo la boca y mirando aguzada al director de orquesta, yendo y viniendo y agitándose con movimientos descompasados, trata de hacerse escuchar entre aquel formidable clamoreo.

A veces es un soldado el que canta, con pantalones que le llegan hasta el cuello, guantes verdes y peluca de *tonto;* otras

una *grisette* que deja su carrera para debutar en el género *fin de siècle*, vestida lo menos posible y lo mejor que sabe; otras un pollo afeitado, imitando á Paulus, con frac color de perla y pantalón de verano; y, por último, algún tenor vergonzante, es decir, que con antifaz de terciopelo lanza algunas notas agudas, de cuya agudez y mérito nadie puede hacerse cargo á causa de la consabida y eterna gritería de la casa.

Un solo día calló y escuchó atento aquel terrible auditorio.

Cantaba Ivette Guilbert. Su fama era naciente, y á la segunda copla aplaudía ya todo el mundo entusiasmado.

Bajo aquel armazón alto y delgado; dentro de aquellas espaldas misteriosas, flacas y caídas, aquel público adivinó un alma penetrante que había de abrirse paso en este París, ávido de originalidad y de nuevas sensaciones, y comprendió que el sarcasmo envuelto en velada ironía, que brotaba de aquellos labios estrechos y expresivos, sería caronado por el éxito y que pronto la entonces debutante dejaría el nido de Montmartre, para volar hacia barrios más opulentos.

Así fué, en efecto. La hija adoptiva del barrio de los artistas fué bajando á me-

dida que fué subiendo llevando en su garganta los cantos de la poblada montaña, y hoy, coronada por la gloría, mimada por el mundo elegante, va sembrando por donde pasa algo de ese *argot* pintoresco y expresivo nacido en la falda de la colina.

Para oir ese lenguaje del pueblo en toda su pureza y característica variedad hay que sentarse en una vetusta mesa de los Mirlitons y oir entonar á Bruant las coplas escritas y compuestas por él mismo.

Todas las noches los pintores acuden á bandadas para escucharle. Allí se disfruta de la más amplia libertad; allí pueden exponerse las más novísimas teorías del arte, sin temor de que nadie se ruborice, y la palabra es para todos, y todos pueden usarla y abusar de ella si conviene.

El café de Bruant es pequeño, tan pequeño que, cuando acude un parroquiano más de los acostumbrados, tiene que esperar plaza vacante, como si se tratara de entrar en la sesuda Academia de la Historia. Bruant introduce al recién llegado, lo coloca donde puede, dicta órdenes severas para que le traigan un vaso de cerveza, mientras que los de adentro le reciben cantándole una canción poco adula-

dora y le dirigen la palabra como amigos conocidos de antigua fecha.

Bruant, por la calle, lleva inmenso gabán de *peluche*, gran sombrero de castor y holgado tapabocas que le da varias vueltas por el cuello. Tres ó cuatro perros de aguas le acompañan (desde que una Maritornes le mató un pato amaestrado que le seguía á todas partes), y su típica silueta es conocida en todo el barrio de Montmartre.

En su casa viste garibaldina encarnada, medias botas y pantalón de terciopelo. Lleva rubias melenas (y esto en su casa como fuera de ella), que sirven de marco á un rostro inteligente y afectado, y anda cimbreándose, como marino en tierra firme, en medio de los *bibelots* que se amontonan en aquella característica morada.

Lámparas de hierro forjado, bajos relieves con pátina amarillenta, croquis á la pluma, fragmentos de madera esculpida, vasos y ánforas de formas inesperadas, litografías de antaño y otros cien objetos más rodean el retrato de Bruant, y éste, paseándose con aire majestuoso, canta sus canciones más celebradas.

Canta los crímenes de la Villette; canta el canal legendario de aguas enlutadas con la guillotina en el fondo elevándose en

terrible silueta; canta las miserias en Menilmontant, con sus tortuosas callejuelas y sus solares desiertos, con la ortiga brotando del abandono, con su población miserable acampando alrededor del cementerio del Père Lachaise, en el que se ven desfilar los entierros como vagas apariciones; canta las hecatombes del matadero con el más ferviente realismo; canta las angustias de *Saint-Lazare* con todos los horrores de aquel hospital inmenso; y con su voz cavernosa adquiere la solemnidad de un profeta que narra á su alegre auditorio las angustias todas, todas las desdichas que palpitan ignoradas, como en dilatado desierto, en este París que pone en música lo mismo sus glorias que sus más negras desventuras.

Y lo mismo que en casa Bruant son innumerables los rincones, cervecerías, sótanos y cafés, donde la voz resuena hasta las altas horas de la noche: en el *Clou*, con su público de bohemios, entre las escenas de Pierrot pintadas por el delicado y espiritual pincel de Villette; en el *Chat Noir*, célebre por su decoración fantástica; en la *Cigale*, en el *Européen*. Por todas sus grietas y chimeneas, de todas sus puertas y ventanas, Montmartre lanza sus notas como lluvia de arte; lluvia que

al remontarse en vapor convida á respirar ese aroma misterioso que vaga por el gran barrio.

VIII

UNA EXCURSIÓN Á RUAN

Leí hace tiempo, en un libro poco leído, que en este mundo en que vivimos todo acaba por cansar, así lo bueno como lo malo.

Que cansaba lo malo, ya lo sabía antes de esta lectura provechosa; que lo bueno llegara también á fatigar, lo he ido aprendiendo poco á poco.

«Apenas en poder nuestro—decía el libro,—lo que ha sido una ilusión de nuestra vida, en lo más enredado del fondo de nuestras cuerdas nerviosas, ó donde sea, empieza un malestar indefinible; malestar que es alarmante síntoma de que nuestro espíritu, no contento ya con lo que posee, ambiciona de nuevo algo desconocido.»

Esta cita, más ó menos oportuna, la estampo aquí por escrito por varias y complicadas razones: una, porque de algún modo he de encabezar el artículo; otra, porque siempre he supuesto que el lector paciente, al llegar á este punto y hora, estaría ya cansado de molinos, por ser nues-

tros artículos de aquella clase de malos, que yo ya me sabía; y, finalmente (y aquí va la filosofía de aquel libro), porque, aun siendo bueno y hospitalario el que rueda y da vueltas en nuestra casa, también la ingratitud nos impulsaba á dejarlo por unos días, arrojados por aquel malestar y la ambición aquella de que hablaba nuestro libro.

Con tal firme propósito, y además con la maleta, la guitarra y otros útiles necesarios á todo viaje seriamente organizado, nos dirigimos, junto con el pintor Zuloaga, hacia la grande estación de Saint-Lézare, y allí tomamos billete para Ruan, ni de los de subido precio, ni tampoco de los baratos.

Como siempre, en aquella inmensa casa los trenes salían en todas direcciones sin darse tiempo de reposo; las salas, en vez de ser de espera, eran de paso; corría la gente disparada como dejando París á toda prisa; los vagones de las tres clases se llenaban, y las locomotoras se iban humeantes, silbando y echando chispas, con todo su cargamento, hacia toda clase de países, meridianos y naciones.

A fin de no ir á parar á otra clase de la que habíamos pensado, consultamos con un teniente de estación, quien nos enseñó

un vagón que va á Ruan directamente, y nos subimos á él y dimos la voz de marcha.

Marchó el buen tren más que trotando y guiado por faroles que con pupilas encarnadas le enseñaban el camino; pronto dejó París en el fondo, y, desbocado y palpitante, se lanzó á través del paisaje, por ser esta la misión que tenía señalada, sin apartarse un momento de la vía, sumiso al camino que le trazaban las largas líneas de acero.

El día se acababa (¡que todo acaba en este pícaro mundo!) El sol, antes de ocultarse, miróse en la superficie del Sena, y, satisfecho de sí mismo, dobló la frente y cayó herido detrás de las lejanas montañas.

Naturalmente, con tan sensible pérdida nos fuimos quedando á obscuras. Entró la noche; salieron las estrellas más importantes y lucidas; luego otras más pequeñas, si bien más numerosas; parte de la luna salió también, y bajo aquel *manto azul* poca cosa pudimos ver: algunas casas que huían de nosotros; estaciones desiertas que saludaba con un silbido la cortés locomotora; alguna luz en el fondo, algún perro ladrando y los postes corriendo, siempre sin descanso.

Así, pues, dejamos lo que pasaba fuera de casa y miramos á alrededor nuestro, á fin de ver entre qué gente nos hallábamos.

Cuatro seres venían con nosotros, pero cuatro seres dormidos, envueltos en toda clase de mantas, con estos escorzos y actitudes encorvadas que sólo tiene el rey de la Creación, cuando traslada su cuerpo en ferrocarril, mirando de reojo á todo semejante que penetra en su vagón, como si fuera su más acérrimo enemigo.

Ante tan triste cuadro, no tuvimos más remedio que seguir aquel meritorio ejemplo, y, reclinados como mejor pudimos, cerramos nuestros ojos respectivos, esperando abrirlos en Ruan, para ver y admirar la gran ciudad cantada por Víctor Hugo.

No hay quien, habiendo hojeado, allá en los primeros años de la vida, las páginas de *El Judío Errante*, los cuentos de Gargantúa y las aventuras de Pantagruel, ilustradas por fantástico lápiz de Doré, no recuerde como un sueño diabólico aquellas casas de inclinadísimos tejados y minaretes atravesando las nubes; aquellos negros edificios sosteniéndose unos á otros como por obra de encantamiento; aquellos estrechos callejones con sus muestras de hierro forjado y retorcido, con sus sim-

bólicos emblemas y entrelazadas heráldicas; aquellas plazas desiertas iluminadas por la luna; las murallas solitarias con los cadáveres pendiendo de lo más alto de las torres; los calabozos profundos entrando en el fondo de la tierra, y las agujas inmensas subiendo con góticas cresterías.

El recuerdo de estos dibujos nos hacían ver Ruan entre sueños tal como lo concibiera el romántico dibujante, y (¡oh poder inmenso de un lápiz desbocado por una fantasía!) tal era la mella que habían obrado en nosotros aquellos grabados al acero, que no podíamos concebir otro Ruan que aquel Ruan corregido y aumentado.

—¡Cinco minutos de parada!—gritó quien debía de gritar (que para esto le pagaban).

—*Grand Hôtel! Hôtel des Postes!*—gritaban otros.

Y, haciéndonos subir casi á empujones dentro un coche fondil, nos entraron á la antigua y *renombrada* capital de la Edad Media.

Nada vimos (por de pronto) que aquella tierna edad nos recordara.

Calles empedradas con cordura; faroles de todos sistemas y dimensiones alineados por la eterna monotonía de siempre; ca-

fés con mucha luz y poca gente; kioscos para vender periódicos; sumideros decorativos, y otros detalles más imitando á París á todo trance; con el café Americano, que se ve reproducido en todas las ciudades de Francia; con *Folies Bergères;* con los sobados bulevares; con la Opera; con todo lo que recuerde la capital, llevado al más alto grado de servil imitación y falta de toda inventiva.

Tanto, que, al pasar un puente y atravesar el Sena, y al ver los muelles iluminados á cada lado, con las fachadas mirando á la corriente, llena de puntos movedizos; con los vapores golondrinas deslizándose por la quieta superficie, hubiéramos creído estar todavía sobre el puente de los Inválidos, á no ser por el olor de brea y el salobre aroma que nos recordaba el mar, que allí sube para abrazarse con el caudaloso río.

Llegamos á una mala fonda.

Tan mala era que el mismo dueño se creyó obligado á efectuar en ella importantísimas reformas y remover la casa hasta los cimientos, para dar al establecimiento un aspecto más urbano que el que tenía en aquel momento histórico. A fin de llevar á cabo este trastorno en su finca, había montado el buen hombre tan

soberbio andamio, y reinaba tal desbarajuste en todas partes, que para llegar á las habitaciones, que tuvieron á bien destinarnos, tuvimos que atravesar verdaderas barricadas, saltar tablas y subir escaleras peligrosas, apartar el contacto de nuestras prendas de vestir con las puertas, todas ellas recién pintadas, agacharnos para no dar con complicados armatostes y hacer equilibrios de mérito y otras ingratas habilidades.

Ya en nuestros dormitorios sin daño de consideración, reflexionamos que lo más prudente era ir á recorrer Ruan á vista de obscuras, y volvimos á desandar lo que habíamos andado.

A la buena de Dios empezamos á recorrer calles y calles, unas nuevas y tiradas á cordel, y viejas otras y tirando á puro desequilibrio; fuimos subiendo una cuesta; después otra; bajamos; encontramos el Sena y lo pasamos por el ingenioso medio de un puente; nos encontramos en un campo; volvimos atrás; nos intrincamos de nuevo; y, por fin, guiados por una altísima flecha, que nos sirvió como la estrella á los Magos, fuimos á pasar delante de la catedral, en donde nos detuvimos.

Entre aquella obscuridad la fachada se

extendía como un manto de luto delante del firmamento. Los ocho campanarios se elevaban rodeando el gran templo en vagas masas informes, y el edificio adquiría proporciones gigantescas entre la sombra, que sólo dejaba entrever su portentoso esqueleto.

Dimos la vuelta por estrechos callejones, siempre rozando los altísimos muros, y entramos en el claustro, que estaba sufriendo una restauración en sus heridas.

La luz interior del templo se filtraba por unos ventanales, con esos colores muertos que calca la antigüedad en los cristales antiguos; y vestidos de suave armonía veíanse allí santos y vírgenes y mártires medio borrados por cariñosa pátina; símbolos y alegorías formando motivos delicados como blondas de colores, y motivos de ornamentación modelados por los besos del tiempo, que, destacándose sobre la masa negra del muro, daban frío á los sillares de afuera y atraían el pensamiento, en busca de calor al espíritu, hacia el sagrado recinto.

De allí salían voces, entonando una canción débil como un eco y orquestada por la bóveda; voces que seguían gimiendo por las paredes durante largo rato y llegaban á nuestros oídos tenues y vibrantes

como oración cantada; y aquellas notas, que parecían como ayes del edificio, dentro nosotros mismos continuaban cantando, como si fuera el aire de aquel antiguo monumento el que penetrara en nuestro ser por las puertas del espíritu; como si aquellas paredes tuvieran voz y alma y sentidos.

Ayes debían ser, sin duda (¡ya que también se quejan las obras de arte en su lenguaje!), ayes de rubor, de sentirse restaurados por impúdicas manos, que no saben comprender la virginidad que guarda su venerable sudor, ni sus canas de yedra; que no saben comprender que esos pedazos de historia prefieren caer y dormirse en sus ruinas como héroes que ver cubiertas sus grietas con afeites y cosméticos de coqueta.

Ruan, como otras tantas ciudades, es víctima de una reforma que va destruyendo lo mucho que tenía de típico y característico; Ruan, que hace algunos años era (á pesar de los dibujos de Doré) una ciudad antigua, interesante en extremo, va convirtiéndose en una vulgar ciudad moderna que imita lo imitable de París, sin poder copiar lo bueno de la capital de Francia.

Si *Madame Bovary* recorriera hoy día

con su famoso *fiacre* el sabido itinerario descrito por Flaubert, tendría que cambiar de rumbo á cada paso; pues, en vez de callejones angostos y misteriosos, encontraría calles nuevas, largas y tontamente rectas, habitaciones modernas y confortables, bulevares correctamente empedrados, pero sin un detalle para goce del espíritu, sin un asomo de belleza donde descansar la vista, sin un consuelo ni reposo al malestar que produce la eterna, la glacial línea recta.

Lo que vería Flaubert sería la antigua ciudad refugiándose al centro; vería las casas viejas, con sus pobres y artísticos aleros, acurrucadas debajo la catedral, pidiendo amparo á las antiguas paredes; vería las ya raras viviendas del pasado que se conservan en pie, acumulándose, para su mutua defensa, en estrechos callejones, aguantándose con la frente y estrechándose con arcos, como brazos que les sirven de sostén; vería otros pintándose la cara vieja de blanco, para rejuvenecerse é inspirar compasión á los reformadores; y vería las calles nuevas abriendo brecha en pleno corazón de la ciudad, de la vieja ciudad que vió morir á Juana de Arco.

Y entre la hecatombe del derribo vería las casas abiertas de parte á parte, mos-

trando sus entrañas; vería puestas al descubierto las intimidades del hogar, recibiendo las inclemencias del aire; vería pendiendo del alto muro algún cuadro olvidado allí, con el marco desteñido por la lluvia; las negras trazas de las chimeneas mostrando sus negruras y subiendo como arrastrando con las huellas del humo; los huecos de las ventanas, con el cielo por fondo, abiertas en extraordinarias alturas, y en el suelo las ruinas desplomadas, húmedas y carbonizadas, como recién caídas de un incendio.

Eso vería el gran Flaubert en su patria, y de seguro lloraría la ciudad interesante que se va, empujada por la antipática ciudad advenediza.—Pero, ¿no hay más que ver en Ruan? — preguntarás, ¡oh, lector!, si has seguido nuestra excursión hasta este punto.—Claro que hay más y mucho más, y bueno, y hasta único en el mundo, bajo el punto de vista arquitectónico; pero el relato detallado de todo ello, en el *Joanne* ó en otro guía curioso, lo encontrará quien le interese, con esa riqueza de detalles, datos y fechas que tan del agrado son de los ingleses viajadores, amantes de saber por sistema decimal la medida, objeto y proporción de toda obra de arte.

Allí se puede averiguar que la campana de la catedral pesaba en sus buenos tiempos veinte mil libras; que su flecha tiene cuatrocientos cuarenta pies, ó sean nueve menos que la gran pirámide de Egipto y no sé cuántos que el andamio de Eiffel; que el primoroso Palacio de Justicia es de piedra de buena calidad; que la condesa de Brege, enterrada en la basílica, nació en 1499 y murió en 1566, y otros datos no menos interesantes que te probarán lo mucho que conserva Ruan en colección bajo catálogo, con etiqueta y numeración ordenada.

Pero lo que no encontrarás anunciado en ningún guía (y si quieres gozar de ello apresúrate, por Dios, lector querido) son esos rincones armonizados por la lenta sucesión del pasado; esos conjuntos visitados por los siglos, delante de cuyas huellas tiembla el lápiz como movido por resorte misterioso; esos amores del sol con la piedra y la humedad con el musgo, de la yedra con las estatuas y de las grietas con las plantas.

Todo esto se va perdiendo. Dentro pocos años, los edificios que quedarán enteros se verán iluminados con luz eléctrica y cruzados de teléfonos como modernas telarañas; las casas de alquiler crecerán

sobre los claustros augustos, y los grandes campanarios servirán quizá de postes telegráficos.

El mismo famoso canal, que tantos artistas ha inspirado, va perdiendo su carácter: hoy día le obligan á mover un molino vulgar de nueva planta.

Maquinaria flamante, cuadras limpias y perfectamente ordenadas, sistemas perfeccionados, útiles, si se quiere, y necesarios; pero, á pesar de tan útiles ventajas, preferimos volver al nuestro, que, si no muele pan para el cuerpo, alimenta de otro modo nuestro espíritu.

IX

EL MORO DEL BAILE

En un artículo anterior decía que lo que más renombre ha dado al molino de la Galette, aparte de otras múltiples y variadas cualidades, es el famoso baile que, bajo su sombra y responsabilidad, se perpetra todos los domingos y demás días de la semana.

Subiendo la empinada cuesta que conduce á la iglesia de Montmartre, y al pasar bajo unos grandes y verdes paredones, se oyen los desacordes de una orquesta tocando á toda máquina. Un sordo rumor de humanidad atraviesa por las grietas de esa casa, un pataleo enorme hace temblar los muros, y por los ventanales abiertos, á modo de sudoroso hervidero, se deslizan bocanadas de humo que exhala, por sus poros de madera, el extraordinario edificio.

Delante de su caprichoso aspecto, no sabe el morigerado viandante si es aquello una casa de dementes, una fábrica de instrumentos musicales en ensayo general, ó una sesión animada de espiritistas en dan-

za, hasta que un anuncio oportunísimo explica en letra clara y comprensible, á todo el que sepa leer, que aquello no es más que el mismísimo sarao del *Moulin de la Galette*.

Esto basta y sobra para derramar luz sobre la más obscura inteligencia, pues si bien son muchos los mismos parisienses de varias generaciones á esta parte que no han puesto los pies en su lustroso pavimento, por más que haga seiscientos años que sirve de albergue á todos los que han tenido ligereza y buen humor para entregarse á lo que llaman, los valientes parroquianos, placeres de la danza; si muchos son, repito, los que no han pisado su alto nivel gerárquico, no hay nadie, absolutamente nadie, que viva dentro del mapa de Francia, que ignore su existencia ni su semi-olímpica gerarquía.

Y es que muchos no han llegado hasta allí porque consideran el tal baile como albergue de sospechosas costumbres, como corte de los milagros, como algo desconocido y de funestísimo agüero.

Para tales timoratos el baile este es como danza macabra bailada por calaveras vivientes, coreada por fantasmas de alta gorra y simbólicos bucles, acompañada por músicos delegados del diablo y

dirigida por el mismo Mefistófeles en *persona*, vestido de frac correcto y ocultando las uñas dentro de fundas de blanquísima cabritilla.

Moralmente, algo tiene de todo esto el famosísimo baile.

Aunque cada parroquiano tenga el aspecto de toda persona vulgar y natural; aunque la sala esté iluminada con grandes focos de luz eléctrica y la orquesta toque los bailes más alegres del repertorio moderno; del conjunto de la multitud, del medio ambiente del local y del ruido de la música, se desprende un algo inexplicable y severo, un aire receloso, un malestar oculto que corre á flor de tierra, pasa por la enrarecida atmósfera, sube en columna con el humo de centenares de cigarros y forma aureola compacta en los focos luminosos, empañados por aquel aliento malsano.

Se diría que allí van los hombres y las mujeres á cumplir la condena de un baile continuo y desesperado, á sufrir un sarcástico y refinado tormento, á expiar alguna culpa cometida, y que la policía colocada alrededor de la sala, contemplándolos cruzados de brazos y la mirada pasiva, está allí para obligar á bailar sin descanso á los pobres condenados.

El que pasa los umbrales de la casa siente un malestar nervioso que le hace creer su perdida libertad ya para siempre; suspira por el resposo que ha dejado fuera para entrar en aquel centro de alegría obligatoria; mira á los demás, curtidos ya por las inclemencias de aquel baile, bailando con resignación y semblante indiferente, y comprende el mal paso que ha dado, al penetrar en aquel divertido abismo.

Nadie ríe allí, si bien grita todo el mundo.

La misión es allí seguir la orquesta, que no deja de tocar un solo instante, y trabajar todos juntos en la obra común de bailar eternamente, como indios errantes de la danza.

Terminado cada baile, una voz estridente lanza una nota, larga como el alerta de un centinela; aguda, tan aguda que hace temblar los prismas de las arañas; desgarradora como de alguien que se ahoga; penetrante como el toque de una campana; y aquel grito, que tiene algo de supremo, es como la despedida á la luz que da el muezín en lo alto del minarete; es la proclama de otro baile, anunciado como solemne mandato; es la corneta del juicio que levanta aquella humanidad,

para hacerla bailar de nuevo sin tregua ni reposo.

Primero es el vals, empezado suavemente, animándose por momentos y acabando en furioso torbellino, que hace rodar las parejas, como atraídas por un ciclón espantoso; luego la polca, lanzándolas de un lado á otro en huracán deshecho; luego el vals otra vez, y otra la polca; y, por último, en un cambio de viento aparece el cancán acompañado de bombo y cornetas, y bailado en todas las formas y movimientos imaginables y en todas las fases de la caricatura humana.

El cancán, en la casa, ha adquirido patente de institución.

Aquí empezaron los primeros ensayos y las primeras tentativas; aquí el desordenado baile, nacido quizá en un momento de embriaguez inconsciente, fué arraigándose para luego recorrer el mundo entero como un símbolo; aquí se le encauzó dentro de las reglas de un arte y llegó á formar escuela, y hoy día aquél es su clásico conservatorio como fué la academia de su historia.

El cancán necesita, para vivir, del ruido y del escándalo, como viven del reposo las flores de las montañas; y toda la tarde del domingo, y otra vez por la no-

che, y de nuevo el día siguiente, y así durante años y más años de cancaneo incesante, arrecia el tal baile en las piernas, el mareo en la mente y la pesadumbre en el alma.

El hombre condenado á vivir entre aquella confusión y algarabía, pataleo y movimiento continuo, entre el ir y venir y codearse, entre aquel lúgubre bullidero, sería quizá más desgraciado que el condenado á soledad perpetua: el tumulto, entrando por sus sentidos, gastaría su vida como las sutiles láminas de un teléfono, y moriría usado enteramente por el roce del ruido.

Y, sin embargo, allí está condenado á vivir un ser acostumbrado á las grandes quietudes del desierto.

Un pobre moro, una figura solitaria y soñolienta, vive allí entre aquel bullicio eterno, luchando por la existencia, que le obligó á nutrirse del escándalo, antes que morir quizá en la soledad de su tierra.

En un rincón de la sala, en el sitio más apartado y oculto á la mirada, se le ve acurrucado y plegado sobre él mismo.

Su rostro, amarillo gris como la arena del Sahara, tiene esa vaguedad de moro, pero de moro sin raza, de esos moros que llegan emigrados, sin saberse cuándo ni

cómo, llevados en alas del viento africano. Su nariz aguileña cae desmayada sobre el labio superior en actitud de abandono; sus ojos negros son de un negro mate que no reciben la luz ni la transmiten: miran dulcemente, sin fuerza para abrirse ni luz para mirar fijamente; así como su barba, faltada de savia para crecer robusta, llena su rostro de oasis, que le imprimen un sello de languidez extraordinaria.

Es un moro triste en toda la extensión de la palabra, y un moro triste es lo más triste que conozco en el mundo.

Esos hijos del Profeta que llegan á Europa con cargamentos de alfombras y zapatillas, llevan tal provisión de nostalgia en su espíritu, que si la tristeza se vendiera y alguien fuera capaź de comprarla, volverían riquísimos á su patria.

Parecen seres inoculados de seriedad permanente; gente desprovista de los simpáticos nervios de la risa; hombres, en fin, á quienes falta el registro de la alegría.

No concebimos un moro verdaderamente moro, ó sea auténtico, un ser desgraciado, y el moro del molino ¡es moro de cuerpo y alma!

Viste como vestirían en su tierra, si en

su tierra hubiera invierno, esto es, con tal enredo de pliegues y confusión de prendas, que no hay quien aclare dónde empieza la capa y acaba el manto. Su cuerpo, como una momia de Egipto, está enredado dentro de un laberinto de trapos; vive dentro del traje como pudiera vivir dentro de la cama, envuelto entre las sábanas; carga con un turbante inmenso, y arrastraría la capa, á no estar siempre sentado. Sucio, opolillado cuasi, muerto de sueño, aturdido por el vaivén incesante, espera delante de una mesita á que los sedientos bailarines lleguen á comprarle las pastillas que constituyen su negocio.

Son estas pastillas fabricadas de esencias inverosímiles, de goma arábiga quizá; de menta, mirra, incienso, y Mahoma sabe tan sólo de qué otras substancias; son pintadas en tonos del más salvaje capricho y reñidas con toda la estética de colores; saben á miel y alcanfor, huelen á bazar turco y tienen mucho de pastillas al aguache y de tablitas á la acuarela.

De esto vive el pobre moro, aunque vive lo menos que se puede vivir con vida.

Solitario entre tanta gente, no tiene más que un compañero, un perro infortunado que no le abandona un instante, plegado á sus pies como los perros de piedra en los sarcófagos de la Edad Media.

Pertenece el pobre animal á la bohemia perruna. Es de naturaleza flaco, largo de hocico y despeinado; lleva á todo llevar las orejas sin recortes sufridos en su infancia; es más bien meditabundo que *hablador*, y se diría, al verle tan descarnado y ojerizo, que sólo se alimenta con las pastillas sobrantes de la tienda de su dueño.

Como éste le vimos durante todo este invierno, vestido entre pliegues y oculto entre pañales, con su capa sucia y bordada que le cubría su destartalado cuerpo. Dormido el perro y aletargado el dueño, y ambos anonadados, parecían el símbolo del Silencio en el templo del Ruido.

Todo el mundo se burlaba de su porte y de su oficio.

Echábanle sarcásticos requiebros las mujeres é insultábanle los hombres; mirábanle como un objeto despreciable relegado en el último rincón de la casa; de sus barbas mofábanse á sus barbas; robábanle sus pastillas, que eran su hacienda, y á veces en el torbellino del baile caían sobre su miserable tienda como una avalancha humana.

Y él, en tanto, siempre impasible, paciente hasta el martirio, no movía más que los ojos vagamente; ocultábase como

una tortuga bajo sus pliegues; y allá dentro, en el fondo de su traje, y más adentro aún, en el fondo de su alma, soñaba tal vez en los solitarios rincones de su tierra, en su desierto tranquilo como el cielo de Mahoma, en la paz y sosiego del campo y en la grandiosa quietud de las llanuras de su patria.

Sólo un día se irguió como una figura de acero.

Entraron una banda de borrachos, y, viéndole en el lugar de siempre, le quisieron hacer bailar el cancán á toda costa.

Resistióse como un héroe; empujáronle; rióse por vez primera en la casa; por vez primera lloró el moro; animáronse aquéllos, y, sin poder lograr lo que querían, lanzáronle á la desierta calle de Montmartre.

Allí le vimos respirar la soledad con toda la fuerza de sus pulmones.

Allí le vimos, entre la luz del crepúsculo, andando con esa vaga tristeza de una sombra que se aleja entre las sombras.

Seguido de su inseparable perro, vímosle por última vez marchar errante en dirección á Oriente, para entrar en ese París inmenso, que es para todo emigrante el desierto verdadero.

X

IMPRESIONES DE LLEGADA

Ya que el año despunta con frío, hablemos del frío para empezar, y luego veremos. Es cosa sabida que la conversación climatológica ha sido siempre muy socorrida. Dos se encuentran por la calle, ó en visita, ó en el teatro, ó en donde sea, siempre que lleven el pensamiento parado, pues es recurso seguro para salirse del paso comentar el calor que sufre el hombre en verano ó el que no sufre en invierno. Uno y otro se cuentan sus fríos ó sus sudores, y, á estilo de comedia, se lo repiten en alta voz para que el público se entere, y por este sencillo *palabreo* queda todo el mundo tan satisfecho. Así yo, pobre mortal, que he de renovar los artículos desde el Molino, encontrándome sin saber cómo empezar, lo que es molesto, y hallándome con el frío como tormento y recurso, á él me acojo para que libre de apuros mi ánimo, ya que tan apurado tiene mi cuerpo.

Porque cuando en pos de un no sé qué, incierto como una nube sin forma, se de-

jan aquellas playas de Sitges que dejamos ¡ay! míseros de nosotros, donde el sol, como en nuestros antiguos dominios, nunca sale porque nunca se pone, ya que deja siempre rastro de reflejos aun andando por los antípodas; cuando se deja aquella eterna dulzura del aire sin falsificación recibido y directamente aspirado; cuando se deja una tierra que, á más de ser buena por ser nuestra, lo es también porque lo es, y se encuentra uno atravesando todo un mapa blanco como la nieve, sin metáfora porque nieva, y tiritando de frío, bien puede uno quejarse y hacerlo servir de pretexto para calentar el ánimo.

Pero, hablando con justicia, así Dios nos libre de este frío, si la impresión primera al salir del último tinglado en que para el tren reclama abrigo para el cuerpo, pronto el alma siente el calor de la vida que exhala la capital por sus gigantescos poros; pronto la fiebre del gran París hace correr la sangre con más brío que en otras partes; y esto y otras causas más, y el fuego ignorado que mueve la máquina del pensamiento en este horno inmenso, sirven de calorífero, contrarrestan el frío de la atmósfera... y váyase esto por aquello, que todo está equilibrado en este

mundo, y el que no se consuela es que no quiere.

Otra de las primeras impresiones que sentimos, apenas llegados á la metrópoli, los que venimos de países más quietos, es de ruido, de un ruido que nos deja semiatontados. Aquel movimiento incesante, aquel ir y venir de coches de todas formas y cataduras, con el cochero delante, ó detrás, ó subido, entre sábanas, allá en las altas regiones de los ómnibus, no asomando más que una nariz helada por los vientos que deben pasar por allí; aquel batiburrillo intrincado de vehículos de todas edades que se enredan en cada esquina, deteniendo el paso de todo ciudadano de la clase de infantes y poniendo las existencias en peligro de perderse, por todos los días que les queda de vida; aquel clamoreo de hombres, mujeres, grandes y menores de edad anunciando á grito limpio diarios y otros papeles; todo aquel coro de ruidos acumulados que forman como la voz de la gran ciudad; todo aquel rumor de humanidad en movimiento; sobrecogen los oídos del morigerado forastero, les dejan en estado de aturdimiento obligatorio.

Recibida esta primera herida en las trompas de Eustaquio, le toca el turno á

los ojos, y de paso al entendimiento, que se asusta de lo que llega á inventar el hombre para servir de reclamo. En los kioscos y sumideros, en los barracones y fachadas, en las paredes y doquiera haya un palmo de *terreno* anunciable, los anuncios se acumulan allí que es un primor encarnizado. En los cristales de los tranvías y en su techo, en la entrada y en la salida, en la baranda y en el asiento, y en todo el mueble, ha de enterarse, quiera ó no el viajero, de unas píldoras maravillosas, de unas estufas permanentes y antiasfixiantes, de un elíxir inverosímil, de un invento fantástico, de mil cosas y pormenores é intrigas de boticarios, que no quisiera saber y que le persiguen como una lluvia de letras del alfabeto, capaz de causar el *marco tremens* á toda testa, aunque sea coronada. Y ¡ojo! que no para aquí esta persecución del anuncio, esta lectura involuntaria, esta inoculación del reclamo, sino que se prolonga en los cafés, en los teatros, en el plato en que se come, en el fondo del vaso, en la tierra, en el aire, en el subsuelo, en la luz y á los cuatro vientos cardinales, y es imposición á la que ha de acostumbrarse á toda prisa todo el que sepa leer, so pena de perder la orientación y la memoria con ella.

Pero lo que han de perder á todo trance los que llegamos de ahí, del dulce país del vino y las naranjas, es la calma, aquella santa calma hija del sol y de un clima bondadoso, aquella placidez en el andar, gozada y adquirida bajo los plátanos de nuestra frondosa rambla, aquella indolencia soñadora que se cría de ese lado del Pirineo. Porque á pesar de nuestra actividad, tan cantada con razón, la impresión recibida de primer intento es de que aquí la gente y sus semejantes llevan prisa, mucha prisa, más prisa de la que conviene á la buena conservación de la salud, según deben cantar las higienes de más renombre que no he leído... (A. D. G.) Todo el mundo anda como preocupado en estas calles sin fin, todos siguen su camino sin hablar, sin mirarse cuasi unos á otros, en línea recta siempre, siempre como perseguidos por algún acreedor incansable. El andar es aquí un medio para llegar á un fin, y no un pasatiempo agradable, y nosotros los que venimos de ahí echamos de menos aquellos corros de campechana gente, discutiendo en medio de la calle como en país conquistado; echamos de menos aquellos menestrales de Arrabal y de Ribera, dibujando con el bastón sus proyectos y quimeras sobre la

arena, aquellas sillas donde sentarse al aire libre y descansar de las fatigas de la vida, y, sobre todo, el paseo aquel de Colón, moro á medias por sus palmeras y cristiano por el nombre, que, á verlo quien se lo dió, allí se quedara aletargado sin meterse á navegante ni á descubridor de Américas.

Y esta agitación de un pueblo, esta simbolización del Judío Errante, dura todo el día y todos los días, y continúa por la noche con más actividad si cabe. Tanto foco y tanta luz, y globos y reverberos tantos, son otra impresión que nos impresiona ó no, según el temperamento. Faltos aquí, durante todo el día, de ese cielo tan claro que Dios nos da ahí por darnos algo, el hombre (ya de sí astuto) se las compone de manera de alumbrarse por medio de sus inventos, poniendo con ellos un suplemento á la vida, á fin de que no sea tan triste y fugaz, como aseguran filósofos bien enterados.

Los parisienses gustan de divertirse (y hacen bien). Aman el teatro, la música y la coreografía con todas sus consecuencias, y en estas artificiales horas que adicionan al día, ó sea por la noche, las puertas de los conciertos, cafés cantantes, èdenes, óperas serias y cómicas, abren

sus luminosas fauces y engullen en su seno todo este pueblo que busca las emociones del espíritu y las sensaciones del arte.

Porque aquí ¡vive Dios! se le quiere al pobre arte, se le discute, se habla de él con cariño, se le mina, se le cuida, se le cultiva, y por él y con él se trabaja con ahinco, porque este pueblo, que tanto gusta de divertirse, ama el trabajo (y también hace bien), y el trabajo artístico sobre todo. La simpatía que inspira París ya á la llegada, y esta es la verdadera, no nace de su movimiento, que aturde, ni de su grandiosidad, con ser tanta, sino de la atmósfera saturada de arte que aquí respira todo y que en todo trasciende, así en la arquitectura como en el vestir de las mujeres, en las grandes obras y monumentos como en los pequeños cachivaches, hijos del capricho de momento. La vista bien educada, raramente siente la molestia de una desafinación de mal gusto: la mirada recorre con sosiego la gran ciudad sin que los nervios de la estética se sobresalten; y á pesar del ruido aquel de que hablábamos, que suena como un rumor eterno, se siente aquí su armonía, la armonía de una orquesta colosal bien acordada.

Y al escuchar la armonía de una civilización que lleva á tal refinamiento el gusto por las letras y las artes, espanta considerar el cúmulo de cerebros que han funcionado á toda máquina para llegar á tan espléndido resultado, la selección de ideas que en este centro ha tenido que operarse en el curso de los siglos, el extracto de pensamiento y la concentración de fuerzas que han sido y son necesarias para mantener el fuego sacro en este inmenso bullidero.

No hay más que ver en librerías innumerables la inundación de obras que llueven como un diluvio de letras, pasan de mano en mano, recorren la ciudad de parte á parte hasta morir en la baranda del muelle del Instituto ó vivir en algún rincón de biblioteca; los centenares de imprentas que hace mover la fuerza del pensamiento; los miles de cuadros que de los talleres se lanzan á las exposiciones continuas, á los estantes de las tiendas y al mundo entero; las múltiples manifestaciones del arte aplicado á todo. No hay más que entrar un momento en cualquier tertulia, para oir las eternas discusiones del libro lanzado á la venta, del artista á la moda, de la comedia recientemente estrenada, del cuadro de sensa-

ción, de todo lo que sea fruto de la humana inteligencia, y oir el choque de la batalla defendiendo cada cual su escuela, detallista, independiente, simbolista, impresionista, decadente, ó lo que sea, con el amor del que se siente arraigado á una idea y la defiende con valiente entusiasmo.

Por todas estas impresiones y muchas más se va pasando á la llegada. Alegres unas y otras tristes, todas llevan al corazón algo de una emoción, algo que nos abruma con el peso de lo grande y que hace que nos sintamos pequeños y como perdidos en este mar de gente, que va y viene y pasa y vuelve á pasar sin reposo, en cuyo hormigueo ni una cara amiga encuentran los ojos ni el alma una sonrisa conocida.

XI

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES Y PLANTAS

Si bien tenemos gran confianza en los refranes, por ser valiosos documentos que datan muchas veces de aquellas primeras páginas de la historia en las que no pasaba nada, no siempre seguimos sus consejos. Lo de *Si vols està ben servit fes-te tu meteix el llit*, por ejemplo, podrá ser máxima prudente, sapientísima, saturada de conocimiento del humano corazón, pero que llevada á la práctica tiene inconvenientes gravísimos.

El hombre, haciéndose la cama, á más de apropiarse de las atribuciones propias del otro sexo, generalmente duerme mal, ya porque encuentra más pliegues en las sábanas que en manto de matrona romana, ó porque siente el jergón que se inclina del lado de una libertad mal entendida, ó por otras múltiples causas y razones que, aunque lo son, no las pongo por si acaso no lo fueran.

Estas reflexiones nos hicimos un día ya lejano, una tarde ó una mañana de otoño

ó primavera que, previos informes, tomamos un ama sin llaves, con la misión expresa y delicada de desmentir aquel refrán primeramente, y luego de venir dos horas todos los días y emplearlas en cuidarse del ajuar, mobiliario, buen orden, aseo y compostura del molino, de no cuidarse de nosotros y de disputar con planchadoras, lavanderas, carboneros y demás visitas de cumplido de la casa. Esta mujer motiva hoy este artículo.

Es ella (la mujer, cuidado) arrugada, vieja, pobre y fea, y fué en otro tiempo, ¡ay!, tersa, *joven*, rica y guapa, tal como suena. Ni una muela se sostiene ya en el desierto de su boca, poblada un día de dos líneas de conchas; ni un cabello negro asoma entre la blancura de su testa, que fué un día de una obscuridad inadmisible por la pintura puntillista; ni un asomo, en su cuerpo decaído, de aquella augusta belleza que tuvo, y que, por desmentir otro refrán de los más acreditados, no ha sabido retener.

Porque esa antigua sirena, ese ángel caído y no levantado, fué mujer que en su época andaba retratada por los kioscos como modelo de físico inmejorable; que cantaba en el teatro bien ó mal, pero siempre admirada de todos y cortejada

por su parroquia de los palcos proscenios; que tenía coche propio y propias joyas; que se codeaba con lo selecto entre lo más escogido de la *crême* del galanteo; y que era mariposa de lujo y lucimiento, sin más materia gris en su cráneo que la estrictamente precisa para colorear la estopa de su gallarda cabeza.

Pero pasa la juventud, y aquel sol se apaga cuando es un sol de petróleo, y como tal era el de la mimada diva, quedóse sin dinero, sin belleza y sin talento, en los últimos peldaños de su histórica existencia.

Pero, ¿esto qué tiene que ver con los animales y las plantas, ni con la sociedad protectora? Paciencia, lector, y no te alteres. Tiene que ver, que la que tan afortunada fué entre los protectores de mujeres cuando joven, tuvo que acudir, cuando vieja, á los protectores de animales; que la que vivió entonces de los hombres perezosos, tiene que vivir ahora de diez duros mensuales que la sociedad le paga, para alimentar á catorce canes vagamundos recogidos de la calle; que la que tuvo vida tan halagüeña, hoy tiene vida de perros.

Tal vez te parezca exagerada esta caída, pero no lo es: tratándose de la desgracia,

créelo todo, que todo es posible cuando es malo, y nunca sabrá la imaginación combinar realidades tan amargas como las verdaderas. Hay tantas clases de miserias como clases de locuras en el mundo, y si queremos copiarlas con amor á lo sincero, siempre la nota parecerá negra, por poco que á la sensación de la verdad se aproxime el que describe.

La verdad aquí es que nuestra vieja anda todo el día azorada como una bruja auténtica y va y viene por estas pendientes de Montmartre, persiguiendo á todo bicho perruno que no tenga domicilio, y que corre como una loca (que ya lo está) á caza del *personal* que le falta, para hacer el cómputo de sus catorce pensionistas. Animal que encuentra husmeando sin rumbo fijo, con la mirada vaga de bohemio que no ha comido, es perro al saco. Nuestra *exlorette* no tiene ni puede tener contemplaciones, porque le va en ello la renta, que el inspector es hombre serio con el hombre, si bien cariñoso con la bestia, y como pasa revista escrupulosa en el momento menos pensado, hay que presentar los protegidos en número completo, limpios de polvo y paja, formando con orden bajo el techo de la casa que les sirve de colegio.

Y ¡qué casa! Y ¡qué desorden en ella, á pesar de tan rigurosa disciplina! Figúrate, lector, bajo un techo de tablas, parecidas á los restos de un naufragio, una cocina pequeña como un confesonario y una salita no tan grande todavía; figúrate un interior sin espacio, con los menos muebles posibles, y llena este nido funerario con catorce perros callejeros. Imagínate estos catorce diablos, pequeños unos, no por voluntad, sino por cruce, delgados otros á la manera inglesa, con gran lujo de nervios y triste escasez de carnes, velludos algunos vistos de frente, de perfil y de todos lados, sin orejas los más, y muchos sin cola, todos desnaturalizados y miserables, todos hijos de la casualidad y de la más completa anarquía de instintos, acurrucados por los rincones, subidos sobre la mesa, empinados en los estantes, alegres y endemoniados, esperando las horas de comida, que son las veinticuatro, y te formarás idea de lo que es aquel cuadro de familia. Pero de lo que estoy seguro es de que nadie es capaz de presumir ni vagamente el clamoreo que allí reina, apenas asoma un hueso ó plato de substancia alimenticia. Aquello es insensato, abrumador, desgarrador é inenarrable. Son todas las voces

inacordadas de una escala acromática sin peldaños, resonando allí como la bacanal de una hidrofobia incurable; es el patio de una garduña; una corte de los milagros; la casa de mala educación de la perrería sin raza ni modales; el colmo de una incoherencia rabiosa.

El amor al prójimo no bastaría para vivir en aquel *moridero:* al contrario, hace falta cierto nuevo sentimiento, que puede ser una mezcla de repugnancia del prójimo y de amor enfermo á los demás seres de la creación, para vivir entre aquella caterva de pupilos de la sociedad protectora; porque si diez duros miserables bastan para estos colegiales, á la pobre mujer no le bastan para vivir sin hambre, como no mejoren los tiempos; y como teme que no han de cambiar, en los rincones de su alma se ha formado la resignación más ó menos cristiana, que con la ayuda de una cría de conejos, que ha formado en los rincones del huerto, le sirve de refuerzo para seguir capeando la existencia.

Pero en esta cría de conejos está la mayor contradicción de aquel alma, de esta pobre mujer: cuida los perros para darles vida; cría los conejos para entregarlos á la muerte. ¡Fíese el lector de las apariencias compasivas!

No se vaya á creer que esos conejos sean de los vulgares de Europa, sino de raza de las Indias, ¡los tiernos animalitos! Son blancos, inofensivos, y sirven, disecados, para adorno sobre la mesa de una salita cursi. Vivos y bien criados los vende también esta mujer á la clase de sabios que, en sendos microscopios, estudian los usos y malas costumbres de los microbios y otros seres, que por lo invisibles escapan á la protección de la Protectora, imposibilitada de toda iniciativa con los tales microbios, por no saber á quién protegen. ¡Anda, que buena contrariedad le cuestan!

Una vez los conejos en poder del naturalista observador, pueden dar un adiós eterno á la salud y despedirse de los bienes terrenales, pues el porvenir que les aguarda es capaz de hacer llorar y perder el apetito al conejo más pintado, por indio y aguerrido que sea. Vacunados, hoy del tifus, mañana del cólera, más tarde del sarampión ó de la rabia, todos los días cambiarían de males, si la muerte no les saliera al encuentro. Su destino es servir de recipiente de microbios y morir de enfermedad reconocida; padecer del hígado ó del estómago, del corazón ó de los pulmones, según el experimento de que

son víctimas, y servir de lazo entre la bestia y el hombre, con gran detrimento de toda estricta justicia.

¡Ah, lectores! Mientras ruede el planeta por los aires, por sociedades protectoras que se funden, se cometerán injusticias con los pobres animales; mientras no exista una igualdad que es imposible; mientras los haya fuertes y débiles, torpes y astutos, mordidos y mordedores, habrá bestias felices y desgraciadas, que en el mundo siempre el fuerte se come al flaco sin viceversa posible.

Es imposible de todo punto buscar el bienestar de los irracionales, cuando no se ha encontrado todavía (y es difícil que se encuentre) la felicidad del hombre, con perdón sea dicho de quien corresponda. Bueno es que protejamos los buenos bichos, cuando son buenos, pero que sepamos en qué forma los protejemos; porque no hay nadie que pueda asegurar, ni aun ellos mismos, si es más feliz el león dentro de la jaula, que llamamos prisión los hombres, que el león que disfruta del hambre y de la libertad del desierto; si es más desgraciado el perro bohemio, buscando la comida en las esquinas, que el galgo faldero que duerme en cama propia, anda en coche, se alimenta de azúcar

y bizcochos y tiene lo que no tienen centenares de seres bien racionales.

Muy apurados deben de andar los de la sociedad protectora si quieren penetrar estos secretos y hacer el bien con equidad y sin miramientos de razas, que en este particular los pueblos han incurrido en graves contradicciones. Los egipcios protegieron el gato como animal sagrado, adoraron el buey Apis como un dios y diéronle vida de príncipe, y aun los cocodrilos, en vez de prestar la piel para petacas, fueron guardados como oro en paño, fueron momificados lo mismo que los mismos faraones. En ciertos pueblos salvajes (fijarse en mi erudición) veneran bestias dañinas, que nosotros perseguimos; aquí criamos aves que consideran ellos de mal agüero; y mientras hay quien recoge perros perdidos y les busca casa de huéspedes confortable, otros los persiguen con carretones y venenos.

De todos modos, y perdón si ya va en serio, esos hombres dedicados á una protección que no es *fin de siècle* ni propia de los tiempos de egoísmo que corremos, me inspiran entre lástima y simpatía. Son gente filantrópica por excelencia y de instintos delicados; demuestran amar la naturaleza y son dignos hijos de ella; son

temperamentos que se alejan en algo de la vulgaridad que nos inunda. Y, sobre todo, lo que asoma de las más recónditas fibras de su ánimo es un apartamiento del hombre por el hombre, un desapego á la humana criatura preñado de misteriosos desengaños que excitan la simpatía y la compasión; un fondo de amarga melancolía, un afán de encontrar entre las bestias y las plantas el noble agradecimiento, el amor sin egoísmo, que tan raro va siendo entre nuestros semejantes, que no es menos simpático.

Protegen por proteger; y, á pesar de lo dicho, hacen bien, que si es verdad que muchas veces se equivocan en sus medios, otras aciertan. Ejemplo es la mujer que hemos descrito. Tratándose de proteger cuatro perros, han protegido una planta; una planta marchita por el huracán del mundo, una flor de París que, sin estos nobles y generosos maníacos, moriría olvidada en un montón de inmundicia.

XII

LAS CANCIONES DE MONTMARTRE

Creo de todos los asuntos que, antes de conocerlos á medias, es preferible no conocerlos á secas.

Si se tienen conocimientos profundos de una materia, se hablará con un criterio maduro que podrá ser de gran provecho al que escuchare; si, al contrario, no se tiene de ella noción ninguna, se dará la nota ingenua de la ignorancia bajo la sensación recibida directamente, y esta imparcialidad instintiva tendrá el valor de un juicio no subordinado á ninguna escuela creada; pero si sólo se tienen noticias ajenas y éstas son de una erudición mal digerida, no se sacará nada en claro.

Digo esto, á más de porque así lo creo, para excusarme de que me meta en camisas de once varas, y luego porque considero honrado declarar, antes que el lector lo note por cuenta propia, que las cuestiones de música, de las que voy á tratar, son una de las cosas innumerables de las que no entiendo una jota.

Y, sin embargo (lo que vale á veces la

ignorancia), así como la música sólo gusta á los inteligentes cuando es buena, á mí me gusta también cuando es mala, si está de acuerdo con el estado de mi ánimo, es decir, si se acomoda á las circunstancias en que la escucho. Las mismas notas en día gris de invierno, me producen efecto completamente distinto que en pleno sol de julio; el mismo ronco cantar de un organillo destemplado que á veces recibiría á cañonazos, otro día le veo llegar con la alegría con que se aguarda al cartero; hasta el toque de un cornetín estridente y destemplado llega á tener para mí raro atractivo en el negro y misterioso escenario de la noche.

Y es que la música la quisiera siempre con fondo, pero con un fondo que fuera su medio ambiente. La quisiera, á ser posible, al aire libre siempre; que su armonía en armonía estuviera con la misma Naturaleza, que fuera una nota más del aire y del paisaje, que del paisaje hiciera sentir goces y tristezas, y que cantase con él y con él estuviese unido en estrechos lazos.

Amo, además, beberla al pie mismo de la fuente donde mana y oirla al pie de su misma cuna, porque un cantar de Andalucía sin aquel sol de fuego envuelto en

un cielo azul resulta un flamenco sudado y tabernario y pierde todo el aroma de su dorada tierra; un zorcico sin la sombra del árbol de Guernica y sin el eco de las montañas de Navarra, se evapora como la niebla; las tan sentidas coplas de Cataluña, sin una línea de mar en el fondo ó la silueta de un monte en primer término, parecen mustias y desteñidas.

Y es que los cantos todos, nacidos de la tierra, ni pueden mandarse embotellados ni es género para exportarse en conserva. Como lamentos que son de un pueblo, sus hijos han de llevarlos impresos dentro de las fibras del alma y cantarlos por dentro, allá en el fondo del recuerdo.

Así, pues, para dar á comprender al que leyere lo que dicen al corazón y á la mente esos cantos nacidos en el barrio de Montmartre, sería preciso poderlos trasladar con su propio decorado, poblarlo con sus figuras y hacerlos brotar de sus gargantas. Sólo entonces podría comprenderse que para gritos tan lúgubres se necesita un gran fondo de miseria, de miseria fría y urbana, de esas miserias que escupen las capitales y que son tanto más negras cuanto más ignoradas; que para lanzar estrofas, en las que van unidas las mayores insolencias con los sentimientos más deli-

cados, es precisa la degradación más fecunda; que para llover las notas con tanta melancolía, muy gris ha de ser el cielo que las llueve y muy triste la tierra que las recibe.

La canción de *Saint-Lazare* es un ejemplo en su género: coplas escritas con rabia, que, detrás de la forma libre que hablan las últimas capas del pueblo, ocultan un raudal de sentimiento. *Saint-Lazare* es la prisión-hospital, donde va á parar lo escogido por la desgracia; es el último peldaño de los caídos en la prostitución y el robo. En esta morada, más triste que una tumba definitiva, despojadas las mujeres de su virtud, de sus cabellos (esa última ilusión de la mujer), de su fe y de todo lo más sagrado y querido, quedan como aletargadas por el vicio. Sus sentimientos parecen dormidos ya para siempre; su pobre cuerpo muestra ya evidentes señales de esqueleto; creyérase parado su corazón. Y, sin embargo, su corazón, ¡su pobre corazón!, es lo único que late en su cuerpo moribundo, y late únicamente por quien debiera odiar, vibra por el hombre que han querido y que quieren todavía, por el *souteneur* indigno, que es la causa suprema del estado de postración en que se encuentran.

Esto explica la canción con terrible realismo. Y grave la música y corta la palabra, brota de las estrofas... como un malestar nervioso, como una fiebre del alma. Es una carta escrita con sangre enferma, con frío sudor de agonía; una carta que una mujer de *Saint-Lazare* dirige á su *hombre*, que es una flor de presidio. Cuenta sus males en la primera copla; cuenta la enfermedad, pudiendo más que sus fuerzas y lanzándola *en el montón* (como ella dice), allá en una cama blanca, numerada, fría y monótona de una sala de hospital, donde la luz palidece, al pasar por los hierros de una reja. Duélese de la falta de protección en que va á quedar su amante, mientras ella se encuentre en el lecho del sufrimiento, y «no puedo mandarte dinero—le dice,—que aquí todo el mundo es pobre y se necesitan tres meses para ganar una mísera peseta. ¡Tres meses largos é interminables que has de vivir sin mi apoyo!»

T'as trop d' fierté pour ramasser
Des bouts d' cigarre
Pendant tout l' temps que j' vais passer
A Saint-Lazare.

Y teme... ¡pobre víctima!... teme que

su *hombre*, acosado por el hambre, antes que al trabajo, acuda al crimen, y le asalta una suprema idea.

Va-t'en trouver la grand Nana.
Dis que j' la prie
D' casquer (1) *pour moi: j'y rendrai ça*
A ma sortie.

Y al mismo tiempo que esto pasa en su mente, en su corazón de mujer nace el humano sentimiento de los celos, el temor de que *Nana* se enamore de su *ídolo*, y le suplica que no le engañe, que le aguarde, sobre todo que no beba licores mientras ella «bebe medicina», ya que si el estado de embriaguez le llevara á cometer un homicidio, nadie en el mundo iría á verla en aquellas salas de sufrimiento ni se acordaría nadie de que hay una mujer caída que se muere con el corazón ya muerto.

Por fin, concluye la carta evocando un tierno recuerdo de la infancia.

Final hermoso y saturado de poesía, que nos demuestra que la belleza está en todas partes, esperando que el arte la glorifique.

---

(1) Prestar.

Prueba de ello es otra carta popular también, y también hondamente sentida, que con hiel debió ser escrita en vez de tinta, tal es la amargura que oculta entre sus líneas. Es otra mujer la que escribe, fruto igualmente de *Saint-Lazare;* es otra víctima del vicio que, no pudiendo más con su *hombre*, cansada ya de una vida de angustias, martirios y privaciones, cambia de amante creyendo cambiar de suerte, y advierte pronto, aunque tarde, que la nueva ilusión no es mejor que el desengaño. *On dirait que c'est toi!* le dice tristemente á su antiguo amante al describirle el recientemente adoptado. «No es mejor mi nuevo *ángel* que tú lo fuiste conmigo, que dejándote he cambiado de *hombre* y no he cambiado de fortuna. Igual que tú hiciste, me maltrata hoy y mañana y todos los días, mi nuevo ídolo, y se juega mi dinero hasta el último céntimo, y me llama Girafa, y se burla de mi pasión, y me echa en cara la que tuve por ti, como tú te burlaste de la que tuve antes por otro, y me pega también y también me amenaza con la muerte, como tú me amenazaste:

Il n' prononce pas deux mots d' suite
Sans s' glorifier d' eux;
Tous les jours y prend un' cuite

Quand ce n'est pas deux.
Il est amoureux d' sa tête.
Je m' demand' pourquoi.
Il est vantard, il est bête.
On dirait que c'est toi!

On dirait que c'est toi... en todo, en el modo de obrar, en su miserable conducta, en sus vicios, en sus pasiones, en sus instintos, y hasta en sus mismos abrazos.

Y si miserable es el tipo de la mujer caída en las canciones de Montmartre, no aparece menos terrible la silueta del hombre, ni menos negra su estrella. Sus vicios les igualan, la complicidad del crimen les une con su cadena de secretos, y albergados en míseros casuchos de arrabal, durmiendo bajo los arcos de un puente ó en los glacis de las murallas, aguardan el presidio ó la guillotina como punto final de su existencia.

Bruant, en sus canciones, describe de mano maestra los usos de esa gente, con su propio lenguaje, con sus maneras, con sus *modales*, con las costumbres diversas de cada rama, esparcidas en todos los arrabales. Describe el criminal de la *Villette*, y *dice ser* tan *abundante* que

Y' a des nuits ocisque les sergots (1)
Les ramass'nt comm' des escargots,

(1) Municipales.

y de tan mala catadura que

I' s'en vont tous à la Roquette,
A la Villette.

Describe el tipo de *valiente* de la Glacière, lleno siempre de cicatrices recibidas en pugilatos con sus colegas, para conservar intacta su fama de hombre invencible, con la gorra de soslayo y los bucles intachables, con la mirada siempre alerta á recibir y á propinar puñaladas.

Describe el tipo tabernario de *Montrouge*, acechando al viandante para echarle el lazo y sacudirle la cabeza contra una acera, viéndolo todo de color de sangre, matando por verdadero capricho; describe, por fin, el tipo vividor de *Bell'ville*, el gandul de Menilmontant, y guarda los colores más fríos de su paleta para pintar el barrio de La Chapelle, barrio de hielo, en el que los tristes desheredados, sin más calor que la estufa de la calle, ni más luz que la palidez del gas público, sueñan en ser conducidos al presidio de *la Nouvelle* para vivir allí bajo los rayos de un sol que haga correr la sangre por sus miembros entumecidos.

Otras podría citar no menos características: *Marche des Dos*, himno á la va-

gancia, que empieza en tono de diana y concluye en marcha fúnebre; *La Ronde des Marmites*, nocturno realista á modo de saturnal moderna, en la que se oye desfilar, entre la quietud y las vagas sombras de la noche, el coro de la licencia; *A la Roquette*, desoladora descripción de una mañana velada por la niebla, en la que un ajusticiado se despide de la tierra y hace alardes de marchar al patíbulo con la serenidad que le presta su arrogancia; *Fantasie triste*, descripción de un entierro en Diciembre, lloviendo el agua en cascadas sobre la tumba; y otras más, *Sonneur*, *Recidiviste*, *Casseur de Gueules*, todas saturadas de un malestar profundo, todas grises como una tarde del polo, todas manando lodo y sentimiento.

Pero, como dije al principio, vano sería la tarea de explicar con la palabra lo que necesita, para ser comprendido, aire y niebla y atmósfera que no puedo mandaros; como aureola, fondos del París pobre, del París enfermo y criminal, que no puedo transmitiros.

XIII

EL REINO DE LAS SOMBRAS

No alarmarse con el título, que ni el reino de que vamos á tratar es otro que el reino (cuasi independiente) de Montmartre, ni las sombras de que hablaremos son duendes, ni brujos, ni otros excesos, sino sencillamente sombras... de las llamadas chinescas.

No sé hasta qué punto serán cómplices los hijos del Celeste Imperio en el bautizo de esas figuras de negra silueta, ni qué responsabilidad tendrán en el invento (me falta luz para tratar de esas sombras), ni sé tampoco, en caso de ser chinescas, si habrán llegado hasta nosotros cruzando el mar ó volando por los aires; pero lo que sí aseguro es que un juego que en su infancia fué juego de ídem, va tomando proporciones de edad madura, grácias á la intervención de hombres de agudo ingenio que han tomado la cosa por su cuenta.

Y esto será, según dicen, que los teatros, salvo algunas excepciones tan raras como honrosas, se van quedando rezaga-

dos á medida que la sed de arte cunde entre cierto público refinado, hasta convertirse en imprescindible necesidad. Esto será que este público se queja de que las escenas líricas sólo ejecutan las obras de autores encanecidos en las antesalas de los augustos directores; de que fuerza es que retenga sus ímpetus innovadores, quien los tuviera, para dar salida al inmenso *stok* de música rancia y organillesca amontonada en los archivos; de que si Lohengrin ha pisado las tablas del monumento Garnier, ha sido tras dilatado viaje triunfal á través de lo mejor civilizado del planeta.

Quéjanse también de que no menos desproporción existe entre el estado actual de la literatura y lo que se representa en la casa de Molière, en cuya escena se continúa acumulando inmortalidad en sus imperecederas comedias, pero nada se nota en ella del colosal esfuerzo evolucionista de los escritores modernos; quéjanse de que mal se juzgarían las novedades, á tomar por norma cuasi todo lo que se estrena en la *Comedia Francesa*, por ser modelos de oonocidas novelas y vaciados en moldes manoseados; y, en fin, de que no hay que contar con la mayor parte de los teatros, pues piden sus éxitos á la her-

mosura de las actrices, á las tercerillas más ó menos plásticas del cuerpo de baile ó á un arte escenográfico, más inspirado en la mecánica que en el deleite del color ó de las líneas.

Tendrán ó no razón esos puritanos del arte; pero, así las cosas, autores, pintores y compositores se las componen como pueden para dar á conocer sus obras respectivas apenas producidas. De ahí el famoso *Teatro Libre*, con sus malas imitaciones del teatro de aplicación y del teatro moderno; de ahí las prohibidas aberraciones del teatro realista; de ahí paralelamente, y con éxito siempre creciente, el desarrollo de las *sombras*, tomando cuerpo y pasando de lo vago á productivas realidades.

La cuna de las *Sombras* parisienses fué Montmartre. Allí, en el antiguo *Chat-Noir*, establecido en el local que hoy ocupa el *Bruant* tantas veces mencionado en nuestras cartas, en un rincón de bohemios, donde apenas cabrían acurrucados cuatro hombres en ayunas, se instaló el primer teatro, y las primeras *sombras* aparecieron allí; sobre un pedazo de madapolán desfilaron con buena sombra las siluetas célebres, dibujadas por Willette y por Rivière; las cabalgatas, ejércitos,

torneos y muchedumbre de *Caran d'Ache;* allí, detrás de la diminuta escena, iluminada por un enfermo mechero de gas, brotaron jocosas y amargamente satíricas las canciones de *Goudeau*, *Mac-Nab* y *Jouy;* Allí Rodolfo Salis logró la fama de brillante charlatán, y al par que su escarcela reventaba repleta ya con las primicias de su importante fortuna, los artistas que le empinaron quedábanse siempre en la sombra, pobres y contentos con su ausencia de moneda.

Hoy día Salis es el rey de las *Sombras* y es su casa el conservatorio. No en un rincón, como antes, sino en amplio salón bellamente decorado por Willette, el delicado pintor poeta, y no en un banco sudado, como entonces, sino arrellanados en sillas de encina vieja, contemplan diariamente un centenar de espectadores la serie de cuadros que desfilan como negras apariciones: deléitanse la vista, avívanse la imaginación, comentan la acción recitada en prosa ó verso, y recréanse el oído con la música que, discretamente sonora, se adapta á los menores gestos y aptitudes de las siluetas que pasan.

A la sombra de sus *Sombras* ha reunido Salis los artistas de más ingenio de la época, los más parisienses, los de verda-

dera cepa, los que traen en sí lo más valioso en todo arte, que es la primera materia. Lo que empezó para grato solaz de los clientes, ha terminado en serio; en el refugio que fué antes de bohemios, se ha acaparado la sal, y aun algo más, de las salinas de Montmartre, pues muchas de las obras presentadas pueden competir con las más tremendas sátiras de otros tiempos; lo que sólo exigía alguna gracia en el lápiz, pues limitábase á presentar la silueta de tipos conocidos, se ha ido agrandando y presentando nuevos y dilatados horizontes; el inocente mecanismo se ha convertido en intrincada maquinaria; ha intervenido la luz eléctrica con cristales de colores, y han adquirido movimiento las figuras.

Pero todo esto no bastaría á interesar al público si los encargados de hacer mover la mecánica no fuesen hombres de buen gusto y sentimientos artísticos. Tanto lo son, que sus ideas son de las que se abren camino en todo el mundo, con el curso de los años; de las que, por ser discutidas, llegan tarde ó temprano, pero llegan, aunque en manos de hombres más hábiles que saben aprovecharlas, de las que llevan el germen de una reforma, algún capullo de arte que ha de ser nueva

y hermosa flor andando el tiempo. Y acontece á menudo que así como hay tantos que se dedican á las artes y á las letras, no por vocación innata, sino por *la fuerza del destino*, en aquella casa son muchos los que, habiendo entrado con una carrera á cuestas en mal hora aprendida y no ejercida, han sentido nacer en ellos, por la fuerza del medio ambiente, ideas nuevas y nuevos horizontes que no habían ni siquiera sospechado. Donnay, después de acabar la carrera tras estudios interminables y obtener el número uno en la escuela de manufacturas y artes *(École Centrale)*, al parecer destinado á ser un ingeniero más, mide hoy sus obras con el metro fijado por la poética; León Gandillot, tras de haber sido un discípulo aplicado de la propia escuela, resulta ser el celebrado autor de *Ferdinand le Noceur* y el director del periódico *Le Chat Noir;* otros, que no recuerdo ó que no sé, y que llegaron allí cargados con diversos y útiles conocimientos (al decir de gente *seria)*, han visto cambiada su carrera por obra de encantamiento y trocarse su ciencia en estéticas ideas, quizás menos útiles, pero mucho más divertidas.

Esto habrá pasado á nuestro Utrillo, al amigo cariñoso que con nosotros ha visto

rodar durante dos años el molino que nos sirve de morada. Ingeniero también y escritor de La Vanguardia, sintióse un día llamado por el reino de las *sombras*, y, abandonando la pluma tantas veces empleada en servicio del arte, puso decididamente las manos en la masa, creando un teatro que ya no son *sombras*, sino decoraciones transparentes, presentando los colores de la paleta más ricamente abundante.

Hase instalado el espectáculo en el antiguo *Auberge* del *Clou*, allá en unos sótanos que parecen á propósito para artísticas conspiraciones. En una salita reducida y extrañamente decorada se abre un diminuto escenario de poco más de un metro; un notable cuarteto preludia un motivo entre místico y decadente; lanza las primeras estrofas el cantor recitante, y se levanta el telón pausadamnte.

Consiste el asunto en una tentación del clásico anacoreta. En el primer cuadro, el solitario, vestido de pieles de carnero, reza por los eternos destinos, en un paisaje pintado á la sobria manera iniciada por Puvis de Chavannes en sus grandes composiciones. Reune el ermitaño, en el segundo, prosélitos, que acuden, vestidos de fe y cuasi desnudos de traje, á escuchar

la palabra inspirada y vehemente del santón; pero cuando llega al colmo la fe que por sus palabras siente el pueblo, aparece en el tercer cuadro un filósofo epicúreo, que, apostrofando con malos modos á la multitud de creyentes y aun al mismo protagonista, les asegura, bajo palabra de honor, que los goces mundanales sobrepujan á cuanto puede imaginarse, pretendiendo probarlo en una orgía que concluye cuando empiezan las saturnales. Inclínase el pueblo á favor del filósofo que le ofrece favores inmediatos, vuelven la espalda al santón aun los más convertidos, y el pobre solitario, siéndolo esta vez de veras, aburrido y fastidiado, acaba también por pasarse al enemigo, colgando las pieles de carnero, ó sean sus hábitos predicadores.

En conjunto el libreto tiende á un sabor semiclásico, á la pintura de retablo, á la leyenda simbolista, á la literatura *maga* y decadente que el Shar Peladan y sus prosélitos trabajan por poner en boga; pero lo más notable, sin duda, son las decoraciones, que con figuras ha pintado nuestro Utrillo. Poseyendo como posee el ingeniero convertido al gremio de San Lucas, conocimientos prácticos, debidos á lo que él llama su profesión que fué, ha sabido hermanar el arte con la ciencia,

obteniendo raros contrastes de colores, cambiantes que con apariciones de luz y efectos suaves, violentos ó brutales, y otras nuevas modificaciones, desconciertan á los artistas que hasta ahora han pasado por muy duchos en la materia.

Como se puede ver por la que trato, las *Sombras* que empezaron á formarse en la cumbre de este cerro, como la niebla que nace en las montañas y va bajando hasta el llano, así descienden pausadamente hacia la extensa metrópoli. El *Lyon d'Or* ha inaugurado su teatro de siluetas con éxito extraordinario; otros teatros las anuncian y preparan, y el cielo del arte parece obscurecerse de tal modo que, si el viento de otra moda no despeja el horizonte, pronto París, el gran París de la luz, se verá convertido en el reino tenebroso de las sombras.

XIV

EL CEMENTERIO DE MONTMARTRE

La plaza de Clichy está unida con la calle de Clignancourt por un puente de hierro, sostenido por fornidas columnas y adornado con baranda de entrecruzados tirantes. Por su lustroso pavimento pasan todo el día centenares de coches; carros colosales que van y vinen de las próximas canteras; vehículos de todas clases que se dirigen á Saint-Ouen ó llegan del camino de cintura; obreros con largas blusas que, saliendo de los talleres de Saint-Denis, desfilan á bandadas por las aceras de asfalto.

El movimiento es incesante y mucha la vida en lo alto de aquel puente: creyérase el cauce de un río que, bajando de los arrabales, mana humanidad hacia el gran mar de París; una artería de su cuerpo ó un nervio motor de su cerebro. Diríase también que ese barullo de un mundo que se mueve ha de ser interminable, si no recordara la muerte el cementerio que se extiende debajo de las columnas, como amplia llanura de quietud y de reposo.

Allí, por uno de esos contrastes que la casualidad combina, al lado del trabajo incesante reina el descanso eterno; al lado de la agitación de la vida, el sueño de la vida, el sueño de la nada; las chimeneas, levantándose detrás de los muros, recuerdan la lucha por la existencia, y las cimas de los cipreses y las copas de los árboles, cobijando bajo su sombra miles de tumbas y asomando sobre el arroyo, mirando al pueblo que pasa, invítanle á descansar sobre los lechos de piedra.

Pero el viandante, aturdido por el clamor de arriba y como atemorizado por la quietud de abajo, aprieta el paso, y apenas si se detiene algún curioso forastero á contemplar el fondo de aquel tranquilo abismo, á pesar de ser espectáculo, si triste para la mente, hermoso á todas horas para los ojos amantes de colores y armonías.

Visto el cementerio por la mañana, envuelto entre la niebla y abrigado por el vapor, que modela sus contornos, parece nadar entre una nube; iluminado al mediodía por el sol, que hace brillar las cruces y coronas, parece renacer vibrante al calor de nueva vida; creyérase que vuelve á morir con la tarde; y por la noche, muerto ya, á la obscuridad, de tal modo se confunden los panteones, que se levan-

tan sin forma, con las casas de los vivos que las rodean, que sólo se distingue la morada de los muertos por una gran mancha de sombra.

A todas horas y en todos tiempos presenta nuevos contrastes. En verano, bajo el toldo de una vegetación exuberante, es hermoso ver las manchas de sol pasando por entre el follaje, para morir vibrando sobre la frialdad del mármol; ver chispear los bordes de los hierros y los prismas de los recuerdos depositados delante de las funerarias lápidas; oir el clamoreo de centenares de pájaros, cantando el himno eterno á la vida; ver las flores abriendo sus coloras con dichosa inconsciencia. Alégrase allí el ánimo en primavera, al notar que todo renace con nueva savia y nuevo aliento; duélese el espíritu en otoño, viendo los árboles despedirse de sus hojas y viendo las hojas pintadas de cadmium, lanzadas por el viento, saltando sobre las tumbas, corriendo en remolino, posándose como puntos de oro sobre la arena de los desiertos paseos; y en invierno oprímese el corazón al abarcar los ojos tanta tumba, abrigada por un solo manto de nieve, que renuevan constantemente los blancos copos que caen de la quietud del cielo.

Y, no obstante, aquella quietud, aquel silencio, aquella sorda soledad, no son la soledad, silencio y quietud del desierto: es la calma que sigue á las grandes tempestades de la vida. Allí termina todo; allí, bajo del cerro, acaban tantas y tantas esperanzas, que se han formado en la cumbre, tanto afán, tanto empeño para legar un nombre que sea venerado, al ser escrito en una piedra, sin contar que allí pasa todo el año el viento del olvido, que va borrando el oro de las letras, la vaguedad del recuerdo y hasta la última pátina de los más firmes panteones.

Son tantos ya los olvidados en aquel campo que van hundiéndose en la tierra, para dejar espacio á los que llegan, que, antes que el fondo aquél en fosa común se convierta, antes que la pausada marcha del tiempo engulla junto con los humildes los que tuvieron sus horas de renombre, queremos hablar de algunos que, si duermen allí, aun están despiertos en la memoria de los hombres.

Entremos ya en el cementerio. Una verja de hierro nos abre el paso, y vemos la casa del guardián de los muertos á manera de garita de centinela, un camino tersamente enarenado, y, de repente, las largas hileras de panteones, que se alejan en perspectiva, correctamente alineados.

A cada lado, grandes árboles entrelazando sus copas formando bóveda, altas acacias de seco y nervioso tronco, algún pino negruzco, sendos chopos de menuda hoja, y, entre la lluvia de puntos amarillentos, los cipreses solitarios, levantándose solemnes y misteriosos, como los minaretes de aquel templo de la muerte. En el fondo, miles de tumbas apretadas, estrechas, pendidas en confusión en lo vago de la niebla; cruces de todos tamaños, irguiendo los brazos y como brotando del suelo; una estatua de vez en cuando destacándose en actitud pensativa; un ángel en lo alto de una columna, mirando al cielo, ó sentado sobre la losa, ó guardando una puerta con la voz del juicio final, oculta dentro del misterio del mármol; coronas esparcidas por el suelo, blancas las más, de un blanco mate, de siempre-vivas otras, de rosas y laurel algunas, negras muchísimas y desteñidas todas. A cada tumba, inscripciones recordando afecciones enterradas, amores muertos y fechas memorables. Letras de oro, ostentosas, apuntando nombres obscuros, pequeños caracteres evocando grandes hombres, concisas lamentaciones, versos dictados por almas moribundas, prosa enferma de postreras voluntades, dedicatorias y re-

cuerdos vaciados con lágrimas sobre la piedra, frases dictadas con fiebre y ayes de dolor de la pobre humanidad, despidiéndose de los seres queridos al entrarse por las puertas de la tumba; y todo, todo absolutamente, palabras y monumentos, lápidas y coronas, desmoronándose poco á poco, hundiéndose en la tierra lentamente, apagándose bajo la ingrata pátina de la atmósfera y la indiferencia del tiempo.

A poco de andar, la tumba del hijo de Rochefort, tibia aún, nos dice cuán aprisa se marchitan los recuerdos. Coronas de los boulangistas de ayer, dedicatorias de los hombres que en un momento espantaron ó entusiasmaron la Francia entera con su fama, yacen objetos olvidados; y más duraderos aún, con ser de trapo, que el pensamiento, se conservan, si bien desteñidos, los colores nacionales, en tanto que los partidarios de aquel general novelero y semifantástico se van desvaneciendo.

La misma suerte cabe á Mme. Barrias, la célebre cantante de su tiempo. De su voz, que reputaron divina, no ha quedado ni el eco, que, enmudeciendo su timbre de oro, muda quedóse su gloria en la tumba. ¡Triste condición es el abandono

en que quedan esas estrellas que han brillado por las dotes de su garganta! Mientras vive la generación que ha oído sus portentos; mientras como fonógrafo hay quien conserva el deleite de aquella voz, impresa en las fibras del alma como grato recuerdo, dura el testimonio viviente de su fama; pero apenas muertos los últimos admiradores (depósitos sagrados de aquella voz lejana), no queda de ella más que una tradición inexplicable, un algo que hay que creer con fe por aquel lenguaje desconocido. La tumba de Mme. Barrias es la jaula de un pájaro muerto, que sabemos que cantó y conmovió á sus contemporáneos, pero sin poder sospechar el sonido de las cuerdas de su lira, porque murió con ella. Allá delante de la lápida, una mano piadosa colocó las coronas y estuches regalados á la diva, entre los aplausos del mundo; quincalla de una noche de beneficio, objetos para vistos á la luz del gas ó del petróleo, y que mueren debajo de aquel cristal, sin poder resistir la luz del día.

Más feliz ha sido para su memoria la de Halévy y Offenbach, que descansan más al fondo del cementerio. Estos, al menos, dejan obras para juzgadas. El autor de *L'Ebrea* y el de *La bella Elena*

podrán ser discutidos; seguirán la ventura de la caprichosa y á veces cruel cotización del tiempo (ese barómetro del gusto público que hace bajar y subir el precio de la obra); pero lo bueno de ella y lo realmente hermoso irá agrandándose con los años, hasta adquirir patente de imperecedera belleza, como lo sacrificado al gusto de una moda, entre su vapor volará desvanecido, cual efímera gloria de momento.

De esa lenta selección depende la inmortalidad del hombre (vida más grande que la primera) ó su muerte definitiva. Por eso hay tumbas que nacen muertas, y otras que van adquiriendo proporciones de reliquias; panteones que, como ciertas grandes pirámides, parecen no tener alma, y almas que, no cabiendo dentro de los estrechos límites de un monumento, vagan gloriosas por el mundo. La muerte, igualitaria para el cuerpo, no lo es, por fortuna, para el recuerdo, injusto á veces, pero siempre venerable.

Víctimas de esa clasificación póstuma, vemos á Delaroche y á Horace Vernet, nombres que van hundiéndose en el caos del olvido, mientras que Carlos Vernet, cuasi desconocido en vida, va levantándose de la sombra, alumbrándose la obscuridad de su nombre, por la aureola que vase formando en torno de su memoria.

Consérvase latente, en cambio, el recuerdo de Heine, enterrado también en este cementerio. La tumba del gran poeta es bien sencilla: una losa sobre la tierra, una lápida rematada por un jarro de mármol, dos macetas con plantas secas y nada más. Pero allí está su nombre glorioso, que da valor y grandeza á la morada. «Un árbol dará sombra á mi tumba, — dijo en una visión de su muerte. — Quisiera que fuera una palmera, pero éstas no viven en el Norte.» ¡Pobre poeta! No sólo no viven en el Norte, sino que la sombra que recibe en su tumba ni es de palmera, ni siquiera es de tumba. Dásela, y fría, un arbusto de un panteón cualquiera, de un *antiguo* negociante, cuya gloria consistió en llegar á viejo, tener buen corazón y ser prudente ciudadano, según explican las letras de doradísimo relieve. También se borrará aquel oro, como todo, en aquel mar de tierra, en tanto que el nombre de Heine volará perenne, llevado por ese algo que deja el genio en el aire en que ha vivido.

Prueba de esa fuerza es otra tumba.

Muy pocos conocieron el nombre de Alfonsina Plesis, y bastó para glorificarlo el talento de un solo hombre. Bautizola Dumas con el apodo de *Dama de las Ca-*

melias, con ayuda del arte realzóla, y por obra de su poder, trocó en belleza la miseria de una vida vulgar tristemente conocida; y los restos que aquí quedan, y que tan sólo son los de la anónima cortesana, el cuerpo de Plesis, los pobres despojos de una hermosura marchita, modelo insignificante de una grande obra, convirtiólos en *Marguerite Gautier*, figura más verdadera que la auténtica, silueta viva y latente en la imaginación de un mundo de leyentes, que adoran la creación y desconocen la mujer que la ha inspirado.

Como ella son muchas las figuras que aquí desaparecen, borradas para siempre de toda gloria y de la memoria de todos. Falsas reputaciones á veces, á veces póstumas injusticias, héroes anónimos y obscuros obreros de todo ideal desconocido, que, sepultados quizás más adentro de la tierra, su nombre no asoma á la superficie. ¡Cuerpos que no vinieron en la época que merecían, ni han sido enterrados en la tumba de la justicia!

Si es dable dar sepultura en el sitio que su espíritu en vida hubiera deseado, el de Murger debe sentirse dormido en sus ensueños en este cementerio. El triste amante de la vida de bohemia no podía encon-

trar mejor sombra para su tumba que la sombra de este cerro, último refugio y ciudadela de la vida por el arte, perseguido por el frío é igualitario positivismo. Cuando todo tiende á una uniformidad espantosa á los ojos del artista; cuando se matan las siluetas y los colores de todas partes; cuando se materializan las ideas añadiendo al hombre esta nueva miseria, y se borran los dioses del pensamiento y el amor del corazón, el melancólico Murger debe sentir el consuelo de la póstuma amistad, el agradecimiento de la muerte, hacia los pocos que batallan en defensa de aquella raza de hombres que juraban no beber más que agua en el curso de su vida, antes que prostituir sus obras á las bestiales exigencias del dinero. ¡Pobre Murger! ¡Cuán pocos seres de ese temple encontraría si viviera! Aquellos hombres han muerto, y con ellos irán muriendo los soñadores que rodean aún su cementerio, acampados en el cerro. Allí se acallarán las canciones, para dar salida á muchos cantos (quizás mejores, pero no mejor sentidos), cambiarán las escuelas, nacerán ideas nuevas y germinarán nuevas é inesperadas concepciones; y buenos y malos, artífices obscuros y hombres célebres, todos, unos después de otros, irán bajando

de la cumbre (monte Sinaí ó Calvario), bajando lentamente, bajando siempre, hasta perderse en las quietas soledades del cementerio de Montmartre, donde reina el eterno y misterioso sueño de todo un pueblo que descansa.

RAMON CANUDAS

Si la pluma no tuviera que mojarse más que en goces del espíritu, el escribir sería algo como un pasatiempo delicioso. Copiar solamente las alegrías del mundo, ver el natural siempre hermoso, no sentir más que luz en el curso de la vida, y, describiendo tanta belleza, hacer pasar un buen rato al que leyese, sería misión venturosa. Pero, desgraciadamente, en la tierra la noche parece durar más que el día, las notas alegres no abundan, que para pintar alegrías se necesita *instantáneo*, y no hay que precipitarse para copiar dolores y desventuras, que harto rato se detienen para infelicidad del hombre.

Hoy un recuerdo de amistad me impulsa á decir algo de Canudas, de un amigo que, más que amigo, fué como un hermano del alma, y que acaba de morir en plena juventud, arrancado sin compasión á la vida en la edad de las nobles ambiciones y esperanzas.

Si el nombre de Canudas fuera uno de esos nombres que suenan conocidos de todo el mundo y que el viento de la celebridad lleva de oído en oído, como una nota sabida, quizás me callaría, porque habría, de seguro, quien con más autoridad ponderaría su fama; pero del pobre Canudas, de aquel buen Canudas que ha muerto, quizás seamos los únicos en decir, por escrito, algo de lo que en el fondo del pensamiento guardan cuantos le conocían, como labor principal de aquel espíritu, como herencia estimada que nos deja el amigo cariñoso que ya no vive entre nosotros.

Y es que Canudas no deja nada de esas cosas que prolongan el recuerdo á los que no le conocieron. Sin fortuna, sin obras originales, sin familia, sin títulos de los que se graban en el mármol, toda la fuerza de su desgraciada vida, y todo el lujo, empleóla en tener un corazón de oro. Era imposible conocerle sin sentirse atraído por la fascinadora fuerza de la bondad, que brotaba de los ojos. El metal de su voz, velada por su enfermedad terrible, era como el eco afinado de sus delicados sentimientos, y eran éstos de tal nobleza que era imposible darle la mano, sin estrechársela con toda la efusión del alma y sin sellar una amistad para siempre.

¡Pobre víctima del arte! Amante fervoroso de tus galas, admirador de tu belleza, ¡cuán injusto fuiste con él! Porque Canudas fué otro de esos miles de obreros del pensamiento que viven en la sombra, que trabajan con ahinco en la obscuridad más profunda, esperando que asome el alba de la gloria, un pequeño rayo de sol que alumbre su nombre, perdido en la multitud anónima; un enamorado del arte y de él jamás correspondido; un hijo olvidado de la fortuna; otro soldado más del espíritu, en contra de las míseras exigencias de la vida; otro luchador por ese algo que quizás no exista y no haya existido nunca, muerto en mitad de la jornada, con todas las fatigas de la lucha y sin el pobre laurel de la victoria.

Canudas, que, sin grandes ambiciones, nació para vivir dichoso, en cuya mente reinaba el más diáfano optimismo, á quien un pedazo perdido de ventura ó bienestar le hubiera bastado para labrarle una felicidad tranquila, siempre, en todos los momentos de su vida, cuando veía entreabrirse los postigos para dar paso á un débil rayo de luz, una nube pasaba por el horizonte y venía á turbar todos sus sueños de dicha y á matar sus felices ilusiones.

Nació Canudas en una modesta tienda de Barcelona, en un rincón obscuro y triste como una tumba, en un pobre interior que recibía la claridad por reflejo, de allá del fondo de un patio estrecho y gris, como un cielo del Norte, en un piso sin ambiente y sin atmósfera.

Educado con los escasos recursos de que sus padres podían disponer, apenas tuvo fuerzas para salir de aquel nido y lanzarse á volar con todo el empuje de sus juveniles años, sintióse atraído por el arte, y por él y para él dió los primeros pasos, que tan espinosos habían de ser en el curso de su vida.

Estudió el grabado, luchando con todas sus fuerzas, trabajando con ahinco, combatiendo con la fortuna, procurando labrarse un nombre modesto que le sirviera tan sólo para vivir; y viendo que ni esto podía lograr, á fuerza de tantas y tantas penas y privaciones, marchóse á París, á buscar lejos de su patria lo que ella le negaba amargamente.

¡Pobre Canudas! Allí empezó á sufrir las primeras miserias y privaciones del destierro: allí notó aquel vacío insondable que se forma en el alma del emigrado, entre aquella inmensa multitud que pasa y pasa eternamente, con la más desolada

indiferencia; allí sintió bullir en todos lados aquella fiebre intensa de los hombres, empujándose con la frente y con los codos, y con toda la fuerza de una máquina incansable, para llegar á la cúspide de la gloria; allí sintió bullir en su mente el fuego de la duda, la vacilación del camino que ha de seguir el artista, la tristeza infinita de la impotencia, el mareo, el mal de tierra en aquel mar siempre revuelto por tempestades del pensamiento.

Y todo esto sintió, sin que sus labios lanzaran una queja, sin que á sus ojos asomara una lágrima de las muchas que se agolpaban en su pecho, siempre la sonrisa en el rostro, siempre un chiste á flor de labio saturado de amargura. — No deseo más que reunir veinte duros y sesenta años — decía, — para... tener entrada en las Hermanitas de los Pobres.

Más tarde entró como grabador en el estudio de Vierge, y allí pasóse algunos años, mimado del insigne dibujante. El era el fiel intérprete de sus geniales concepciones, la mano de aquel cerebro, el complemento de aquel desgraciado artista. Desgraciado, sí, ya que un ataque, de no sé qué, dejó inútil aquella mano prodigiosa, y á nuestro pobre Canudas otra vez desorientado en su carrera, marchando á tientas hacia un porvenir incierto.

Vino entonces á Barcelona, y, de nuevo en su patria, no hay artista que frecuentara el círculo de acuarelistas que no recuerde, con deleite mezclado de sentimiento, las horas que pasó á su lado. Realizábamos la exposición en el Parque, y Canudas exponía un cuadrito, que titulaba *Marina mercante*, sin más rodeos. ¡Dos duros pedía por su obra! ¡Dos míseros duros, que le hubieran hecho feliz por cuatro días y que no logró obtener, á pesar de sus pesares!

Por un palmo no he vendido mi *gran obra*—nos dijo un día.

—Y ¿Cuánto te han ofrecido?

—Nada: se ha vendido la del lado.

Y era verdad: se había vendido un cuadro vecino, por más de doscientos duros.

¡Razón tenía en añadir á la comisión de obsequios: —Vosotros repartid ramos y acompañad á las señoras, y á mí dejadme... pedir limosna á la puerta!

A ello hubiera llegado á no ser por su dignidad innata, por su amor propio y por el valor que tuvo siempre de ocultar sus miserias y sus desgracias. Estas le llevaron á un pueblo de la costa; y cuando otra vez veía correr los días sin pesares, un vómito de sangre, primer paso en el camino de su muerte, llevóle de nuevo á Barcelona.

Allá en aquel obscuro entresuelo de su casa, con vistas á la tienda, detrás de unos cristales, que ni siquiera miraban á la calle, se pasó meses y meses sentado en una silla, doblegado sobre sí mismo, tosiendo todo el día y la noche entera, sonriendo cuando no tosía, y acostumbrándose á sufrir los males que debían llegar más tarde.

Porque, por lo pronto, realizó sus ilusiones y volvió á París á continuar su calvario.

Vivíamos entonces con Clarassó y Utrillo en una callejuela de Montmartre. Una calle alumbrada con petróleo, tapizada de yerba, solitaria como un desierto. Entrábase por una tapia y encontrábase un jardín, donde las plantas vivían muriéndose de tristeza. Húmedo el terreno, descarnados los árboles y convalecientes las hojas, el aire corría gris por aquel patio, y la noche llegaba antes que en otras partes.

—Vengo á tener el dengue—nos dijo Canudas llegando una mañana. Y metióse en la cama calenturiento.

Túvolo, y lo tuvimos también nosotros, y, ya curados, quedóse Canudas á vivir en nuestra casa. En ella pareció renacer la alegría desde entonces. Pintó de verde

al óleo los troncos y ramas de los árboles, para dar *animación* al paisaje; sembró yerba en el jardín, que antes parecía cementerio; arreglóse el cuarto, construyéndose los muebles él mismo, con desechos de maderas; y el patio aquel pareció renacer á nueva vida, brotando, al llegar la primavera, aquellas plantas que parecían sin vida.

El invierno siguiente fué el terrible invierno de mil ochocientos noventa; aquel invierno en que el Sena quedó helado de parte á parte, en que el termómetro bajó á veinte grados bajo cero, en que aquel cerro de Montmartre parecía inmenso montón de hielo. Acurrucados aquellos días en el *Moulin de la Galette*, sentíamos la nostalgia del calor, el aburrimiento del frío, la enfermedad de la blancura que veíamos extendida en torno nuestro, esperando el domingo por la mañana, en que oíamos gritar de lejos á Canudas, que venía á pasar el día con nosotros, trayendo la alegría otra vez en torno nuestro. ¡Qué momentos tan felices é inolvidables fueron aquéllos! ¡Qué salidas por el barrio á visitar nuestros amigos pintores, y qué excursiones sobre la nieve por los pueblos vecinos, abrigados de inmaculada blancura! ¡Qué derroche de

buen humor hizo Canudas, en aquellas horas felices, que tenían que ser las últimas!

Porque el invierno siguiente, al llegar á París, esperando encontrarle, á la llegada, como siempre, recibimos una carta diciéndonos que fuéramos á verle á un pueblecillo cercano, donde se hallaba muy enfermo.

Un mes hacía que la fortuna parecía sonreirle otra vez, un mes apenas que había encontrado manera de vender á buen precio sus aguafuertes, y el día antes otro ataque al pecho veníale de nuevo á matar las apenas nacidas esperanzas. Rogámosle que viniera con nosotros, y como no hubiera coche en el pueblo, sentados en un carrucho y envuelto entre mantas y sobretodos, salimos de aquel ignorado rincón de mundo.

La nieve caía pausadamente. Cayó durante todo el camino, blanca y esponjosa, con esa mate quietud del invierno. Llegamos á la estación entre blancura, y desde el tren continuamos viendo nevar, nevar eternamente, volando los copos en remolino detrás de los cristales. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Qué tristeza en el campo y á nuestro lado! ¡Cuánta nieve debíamos sufrir aquel invierno, y cuánto frío en el

alma! Cuatro meses pasóse el pobre enfermo encerrado en un cuarto del Molino, viendo el triste paisaje sin una sonrisa en el cielo ni una alegría en la tierra; cuatro meses de neblina, grises é interminables; cuatro meses de esperar un poco de primavera. Acurrucado al lado mismo de la estufa, pasábase horas enteras detrás de las cortinas, mirando la eterna silueta del Molino, mirando una cuesta de Montmartre, por donde subían hacia el cementerio vecino los entierros, silenciosos, velados por la niebla como sombras; mirando París al fondo, extendido en llanura indefinida. El domingo los ecos del estruendo del baile llegaban á sus oídos, y aquel día cerraba las ventanas y parecía más alegre, quizás para mejor ocultar la tristeza de su espíritu.

Un día, Casas púsose también enfermo.

El médico ordenóle guardar cama y le recetó la misma medicina que á Canudas. Dormían en dos camas separadas por una mesa, y una mañana, sacando los brazos solamente, por temor al frío que reinaba, por la muerte de la estufa, cogieron la medicina y, escanciando dos vasos,— ¡A tu salud! — dijeron seriamente, y brindaron con aquel medicamento.

Fué un brindis triste aquel, que nos

hizo reir y cuasi llorar al mismo tiempo. Desde aquel brindis, no tuvo Canudas más que una idea en su mente: ver terminar aquel gris del horizonte, ver árboles vestidos de follaje, y marchar á España, sí, marchar al país del sol y emborracharse de luz, llenarse de aire tibio los desgarrados pulmones.

¡Con qué lágrimas de alegría vió colmados sus deseos! ¡Con qué mirada amorosa vió aquella línea del mar azul de Sitges, sin rival en todo el mundo! ¡Con qué fe abrió las puertas de su aterido cuerpo, para que entrara la brisa dulcísima de su querida patria!

Volvió Canudas á ser aquel Canudas de antes: alegre siempre, amable con todo el mundo, y los hijos todos de este cariñoso Sitges le quisieron como hermano y le colmaron de caricias. En la calle detenían le las chicas, para escuchar un requiebro de su boca; en el café y en el casino escuchábanle los hombres, llevados de corrientes de la más viva simpatía; en la fonda queríanle y cuidábanle como un hijo, y en todas partes veíanle llegar con los brazos abiertos y con la atracción en los ojos.

¡Cuán hermosa debía tener el alma quien tal lograba sin gloria y sin fortuna,

y qué noble corazón los que así recibían, sin más títulos, al pobre enfermo!

Hubo un momento, un momento muy corto, quizás el único feliz de su existencia, en que pareció renacer á nueva vida. Soñó de nuevo en su proyecto de reproducir al aguafuerte los cuadros del gran Velázquez, soñó en una vida tranquila (que él siempre fué bohemio por fuerza), y, soñando, olvidó que la muerte le acechaba y que la enfermedad estaba minando su cuerpo.

Tosía, ¡el pobre!, tosía todo el día y la noche entera, y una tarde un vómito de sangre dejóle postrado en cama, de donde ya no debía levantarse.

Desde el momento aquel, la vida entera concentrósele en los ojos, de cuyas claras pupilas descendían dos lágrimas de vez en cuando. Fuéronse borrando de poco á poco, forjóse de nuevo nuevas y veladas ilusiones, y murió con ellas como había vivido: con la más triste sonrisa y apagándose lentamente, sin exhalar una queja.

La noticia de su muerte corrió en Sitges como un rayo. Todos, por última vez, quisieron verle, el pueblo entero ofrecióle recuerdos y coronas y acompañóle á la última morada. El féretro pasó por delante de aquel mar de sus ensueños, y fué enterrado al pie mismo de sus olas.

Allí descansa nuestro amigo. Un cementerio triste y alegre, como fué su carácter, le abriga; una línea de cipreses le da sombra. Acompáñale una cruz, y los hijos de Sitges le lloran como un hermano querido y desgraciado.

FIN

INDICE

	Págs.
I.—Artistas catalanes en París. . .	5
II.—Una taberna en Montmartre. . .	15
III.—El estudio de un puntillista. . .	26
IV.—Un pintor chic.	40
V.—El réveillon.	53
VI.—Un fotógrafo de la legua. . . .	65
VII.—Montmartre por la noche. . . .	78
VIII.—Una excursión á Ruán.	90
IX.—El moro del baile.	103
X.—Impresiones de llegada.	113
XI.—La sociedad protectora de animales y plantas.	122
XII.—Las canciones de Montmartre. .	132
XIII.—El reino de las sombras. . . .	142
XIV.—El cementerio de Montmartre. .	151

UNA Peseta